Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 23

San José, Costa Rica 1927 Sábado 18 de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Un Contrato, por aplastante, inadmisible

119 West 118th. St., Nueva York,
29 de mayo de 1927.

Mi muy querido amigo:

Hace pocos días he visto *El Comercio* de Managua, Nicaragua, del 23 de marzo de este año. Trae ese número de ese periódico un documento de suma importancia para el presente y el futuro de Nicaragua y de toda Centroamérica en general, y para la determinación de los programas políticos de los partidos que se disputarán en mi país las elecciones presidenciales de 1928. Me refiero al mensaje dirigido por el Ministerio de Hacienda del Gobierno de don Adolfo Díaz al Congreso de Managua remitiéndole, como iniciativa del Ejecutivo Nicaragüense previamente aprobada por el Consejo de Ministros, el Contrato firmado el 21 de marzo de este mismo año por el Dr. Joaquín Cuadra Zavala, como agente financiero del Gobierno de Díaz, y las casas bancarias neoyorquinas de la Guaranty Trust Company y de J. and W. Seligman & Company. La fecha de la iniciativa es el 22 de marzo. Todo ello me da a entender que el Contrato fue redactado mucho antes pero que su aprobación por el Gobierno de Díaz no fue hasta el 21 de marzo, día cuando el Contrato se firmó en Nueva York. Para la comprensión clara de esta nogociación es preciso tener en cuenta estos hechos: El 21 de marzo se firma el Contrato en Nueva York; el 22 se somete a la aprobación del Congreso; el 23 lo publica la prensa de Managua.

Don Toribio Tijerino, que durante varios años fue agente financiero, en los Estados Unidos, del Gobierno de Nicaragua, y que conoce al dedillo la cuestión económica nicaragüense, y yo, hemos estudiado cuidadosamente ese Contrato y hemos hallado lo siguiente:



Crédito y no Empréstito.—Lejos de referirse a un *empréstito* como se ha venido diciendo, trata única y exclusivamente de un *crédito* que los banqueros mencionados le abren al Gobierno de Nicaragua. Entre empréstito y crédito hay mucha diferencia.

Este crédito es de un millón de dólares como máximun. La vida del crédito es de un año. La mitad del máximum de este crédito puede prorrogarse en su vida seis meses más.

La parte o partes de este crédito que se hayan usado devengarán un interés del seis por ciento anual; pero los banqueros cobran una comisión del uno por ciento por todo el máximun del crédito, el cual uno por ciento se estipula en el Contrato que será el primer monto cargado al crédito; de manera que esta comisión devenga el seis por ciento de interés durante toda la vida del crédito.

El Gobierno se compromete a emplear dicho crédito exclusivamente para:

1.º—Comprar provisiones para el ejército de Díaz;

2.º—Mantener y equipar dicho ejército, y para licenciarlo; y,

3.º—Para cualesquiera otros usos que sean necesarias según lo determine una comisión compuesta por el miembro norteamericano de la Alta Comisión, por el gerente norteamericano del Banco Nacional de Nicaragua y por el Ministro de Hacienda de Nicaragua.

Supongamos, mi querido amigo, que el Liberalismo aceptara la participación en el Gobierno de Díaz que le promete el Plan de Paz de Mr. Stimson. Supongamos que don Adolfo llega hasta a nombrar Ministro de Hacienda a un liberal. Ese Ministro no podrá sino servir de olote cuando su opinión o decisión respecto del uso del crédito otorgado por los banqueros esté en conflicto con la opinión e decisión de los otros dos miembros de la junta especial que ha de determinar sobre estos asuntos. Porque el texto del Contrato estipula que la decisión de dos de los tres miembros de la junta especial determinadora tendrá fuerza de ley. Y siendo que dos de esos miembros no son otra cosa que sirvientes en Nicaragua de los banqueros, no le quedaría al Ministro de Hacienda liberal más que «hacer bilis» o someterse.

Las Hipotecas.—El crédito está garantizado por las siguientes hipotecas:

1.º—Hipoteca sobre los nuevos impuestos creados por el decreto legislativo del 21 de enero de 1927;

2.º—Hipoteca sobre el 50 por ciento del Superávit de la Tesorería de Nicaragua;

3.º—Hipoteca sobre el ciento por ciento de los dividendos del Ferrocarril del Pacífico;

4.º—Hipoteca sobre el ciento por ciento de los dividendos del Banco Nacional;

5.º—Hipoteca sobre el capital íntegro del Ferrocarril del Pacífico; y,

6.º—Hipoteca sobre el capital íntegro del Banco Nacional.

Consideremos lo que estas hipotecas significan. Los nuevos impuestos creados por el decreto legislativo del 21 de enero de 1927 son:

a) Un nuevo impuesto de exportación sobre el café, que hace ascender el impuesto total de exportación sobre ese producto a 65 centavos por cada 100 libras;

b) Un aumento del 50 por ciento sobre todos los impuestos de importación de tabaco en cualquier forma, vinos y licores; y,

c) Un aumento del 12 y 1/2 por ciento sobre todos las impuestos de importación exceptuando sólo los siguientes artículos: harina, maíz y arroz.

Más bien que menor ganancia para el dueño de hacienda de café, el primero de estos impuestos significa menos paga para los trabajadores, hombres y mujeres, de esas haciendas. Los otros impuestos son igualmente gravosos para ese trabajador. El segundo impuesto grava a los principales artículos importados de Francia. Francia, en vista de ello, derogará la rebaja que en sus aranceles de aduana le ha venido haciendo, por reciprocidad, a los productos nicaragüenses; ello significará menor ganancia para el productor nicaragüense, y esta menor ganancia se traducirá en menor sueldo para los trabajadores de esas haciendas. Al mismo tiempo el costo de la vida aumenta, sube, porque el precio de casi toda mercancía subirá más aún de lo que ha subido; subirá el precio de la manteca, de la bogotana, del cemento, de la manta, de los cigarrillos, etc. Y como habrá mermado el jornal de los trabajadores, la capacidad adquisitiva del pueblo consumidor, mermarán igualmente las ganancias del comerciante quien, de acuerdo con la lógica egoísta del comercio, sabrá resarcirse elevando aún más el precio de aquellas mercancías que, quierasque-no, ha de comprar el pueblo.

Historia de los nuevos Impuestos.—Ahora bien, cuando se hizo ley el decreto que creó esos nuevos impuestos, se dijo abiertamente que el propósito que el Gobierno tenía era arbitrarse fondos para cubrir los reclamos hechos por exacciones de guerra. Es el caso que las tropas de Díaz desaforadamente exigían del comercio y de los hacendados, grandes y pequeños, mercancías, animales, provisiones de toda especie, etc. El Gobierno de Díaz parece haber abrigado el propósito de subir ciertos impuestos aduaneros para cubrir los daños hechos a la propiedad particular por sus tropas. Pero ahora resulta, amigo mío, que el resultado o producto de esos nuevos impuestos se hipoteca a los banqueros y no puede emplearse si no es la previa aprobación de los banqueros. Mire cuán hondo va esto: Va tan hondo que afecta la libre acción ciudadana en los comicios. La promesa de Stimson de que los Estados Unidos garantizarán elecciones libres en 1928 se vuelve palabrería vacía cuando consideramos que los banqueros tienen en sus manos un instrumento poderoso para controlar la opinión política de los sufragantes nicaragüenses.

Pues es el caso que la región occidental de Nicaraguo que es donde el Liberalismo está en aplastante mayoría y donde la Federación Obrera Nicaragüense tiene sus principales fuerzas, ha sido precisamente donde las tropas de Díaz han cometido mayores desafueros contra la propiedad. Y los occidentales que tienen derecho a indemnización se verán obligados a someterse a la voluntad de quienes en Nicaragua representan a los banqueros, o perder en parte o totalmente la indemnización a que tienen derecho.

Las Aduanas, el Presupuesto y el Superávit.—Consideremos la segunda hipoteca: En Nicaragua las aduanas están controladas soberanamente por un norteamericano que cada 31 de marzo somete a la consideración del Ministro de Hacienda de Nicaragua y del Secretario de Estado de los Estados Unidos una Memoria. Con esta Memoria se cubren muchas apariencias. Pero es preciso saber que las cuentas del señor Recaudador General de Aduanas de Nicaragua no son fiscalizadas por nadie. Este caballero recauda las rentas aduaneras de Nicaragua, inclusive las entradas consulares. Con este dinero cubre las obligaciones de varias deudas de la República, después de haberse pagado su propio sueldo y el de sus empleados (entre quienes los principales son norteamericanos y puertorriqueños), y lo restante lo entrega a la Tesorería de la Nación. A esta Tesorería también ingresan los productos de varias otras rentas tales como la renta del tabaco, la de aguardiente, etc. A pesar de que en estos ramos la costumbre es robar mucho, la Tesorería percibe buenas sumas. Con estos fondos la Tesorería tiene, en primer término, que atender a los gastos del presupuesto, a las cuentas presupuestadas.

El presupuesto merece párrafo aparte. Es una nómina de funcionarios y empleados del Gobierno. El número de sus partidas y el monto de cada partida, es decir sueldo, los fija el Congreso, pero el total del presupuesto no puede pasar de $ 110,000.00 al mes, en virtud del Plan Financiero de 1920, Plan que ya no tiene validez legal en Nicaragua pero que, arbitrariamente lo han venido poniendo en vigor los gobiernos Constitucional de Solórzano e inconstitucionales de Chamorro y Díaz.

Lo remanente en la Tesorería, después de cubierto el presupuesto, es el Superávit. Con este Superávit hay que contar para toda obra de mejora material en el país, para la construcción de edificios escolares, reparación de los edificios de la nación, construcción de carreteras, dragado de puertos, etc., etc. Pero el 50 por ciento de este Superávit ha venido siendo hipotecado a los Bonos de 1917, y ahora el otro 50 por ciento queda hipotecado a los banqueros y es intocable excepto con aprobación de los banqueros; de manera que, por este medio, los banqueros ejercen una influencia tremenda sobre el Gobierno, pues sin el consentimiento de ellos el Gobierno no puede emprender ninguna obra de mejora material ni de ninguna manera utilizar las únicas sumas de que dispone para tales cosas.

De la tercera y cuarta hipotecas bástame con decirle que adelante verá usted cómo los banqueros tienen controlados absolutamente la Dirección y el manejo del Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua y de nuestro Banco Nacional. Los banqueros pueden a la hora que gusten declarar los dividendos que quieran en la forma que mejor les convenga.

Respecto de la quinta y de la sexta hipotecas, hay que saber que el capital del Ferrocarril del Pacífico es de $ 3.300,000,00 y que tiene un valor enterado de $ 4.000,000.00. El capital pagado del Banco Nacional es $ 300,000.00; su valor, inclusive las reservas que tiene, es de no menos de $ 600,000.00. A raíz de haber asumido don Adolfo Díaz la presidencia el año pasado, el Banco de Nicaragua le otorgó un préstamo igual a todo el capital pagado del Banco. Ese préstamo ha sido ya pagado, usándose el crédito otorgado por los banqueros. De modo que el Banco Nacional de Nicaragua tiene sus cuentas bien sobre seguro.

Además de las Hipotecas.—Pero no satisfechos con esas tremendas hipotecas, los banqueros exigieron al Gobierno de Díaz que depositara con ellos el total de las acciones del Ferrocarril y del Banco, endosadas en blanco, y que les diese el derecho de vender esas acciones de conformidad con las leyes del Estado de Nueva York, en caso de que el Gobierno falte al cumplimiento de las obliga-

ciones que asumía por causa del crédito que le otorgaban.

Es muy claro ver que de los banqueros depende que Nicaragua cumpla o no con esas obligaciones. Ni el Gobierno de Díaz ni ningún Gobierno que en Nicaragua acepte ese Contrato, tiene nada que ver con que sus obligaciones se cumplan o no. De modo que si los banqueros quieren (y yo creo que sí quieren) cogerse el Banco y el Ferrocarril, de ellos depende. Ellos pueden hacer que Nicaragua no cumpla y que las acciones que ellos tienen en depósito y endosadas en blanco, se vendan *en subasta privada* en Nueva York, cuando ellos mismos las comprarían a un precio irrisorio.

Lo que Nicaragua deposita.—El Gobierno de Díaz se comprometió también a reorganizar las Directivas del Banco y del Ferrocarril antes de poder hacer uso del crédito que le extendían los banqueros. Por carta que le ha dirigido el Dr. Laureano Zelaya a don Toribio Tijerino, y que tengo a la vista, me he enterado de que las nuevas directivas están perfectamente controladas por los mismos banqueros. Quien hace y deshace en ellas es Mr. Loree, vicepresidente de la Guaranty Trust Company. Una vez reorganizadas estas Directivas, acordaron terminar el arreglo que antes existía con el Royal Bank of Canada y nombrar a la Guaranty Trust Company y a J. and W. Seligman & Company, depositarios de los fondos existentes en la Tesorería del Ferrocarril y transferirles los fondos que le pertenecen al Banco Nacional de Nicaragua o que este Banco tiene, en su calidad de fidei-comisario *(trust)*, en Nueva York. Las sumas, pues, *en contante y sonante* recibidas en depósito por los banqueros antes de otorgar ellos el crédito de un millón de dólares, asciende a cosa de *tres millones y medio*, así:

a) $ 388.190.63 que habían en la Tesorería del Ferrocarril;

b) $ 2.327.357.93 que es el fondo de conversión que garantiza la circulación de los billetes de papel denominados córdobas en Nicaragua; y

c) $ 600,000.00 que es el mínimo en que se calculan los fondos pertenecientes en Nueva York al Banco Nacional de Nicaragua.

Qué interés pagan los banqueros sobre estos depósitos, es un secreto que sólo ellos saben. Tengo plena seguridad de que los miembros de la Directiva del Banco que no son sus empleados, no sabrían decir qué interés devengan éstos depósitos. Creo no equivocarme al decir que no pasa ese interés del 2 por ciento por unas sumas y del 2 y 1/2 por ciento, anuales, por otras sumas. Pero el crédito que los banqueros otorgan a Nicaragua devenga 1 por ciento de comisión capitalizada desde el principio, y el seis por ciento anual sobre las sumas cargadas al crédito! De manera, pues, que los banqueros, cuando menos, *no vienen pagando nada por tener en depósito los tres millones y pico de dólares que Nicaragua les ha entregado,* pues lo recuperan sobre el crédito indiscutiblemente sacado de los depósitos nicaragüenses que le otorgan a Nicaragua. ¿Me he explicado bien?

Y no es eso todo, sino que los banqueros han adquirido, por virtud del crédito que otorgan por un plazo de un año, prioridad sobre todo empréstito que desee obtener Nicaragua y sobre todos los bonos que Nicaragua emita, en cualquier mercado, durante los próximos *cinco años.*

Nicaragua jinetea este macho: O acepta que los banqueros le hagan un empréstito a como ellos quieran, con las garantías que ellos quieran, o los banqueros hacen que Nicaragua falte a las obligaciones del crédito de ahora y se apoderan de todos modos del Banco y del Ferrocarril o, cuando menos, del 51 por ciento de sus acciones.

Adolfo Díaz horrorizado.—Me han contado que don Adolfo Díaz se horrorizó cuando se dió cuenta de las exigencias de los banqueros. Me han contada que en cambio de este derecho de prioridad y de las hipotecas y de los depósitos, trató con ellos de obtener un empréstito de veras, ofreciéndoles pagar un interés de 10 por ciento anual. Mis informantes me dicen que los banqueros le contestaron a Díaz que si no aceptaba las condiciones de ellos, el Presidente Coolidge se vería obligado a ceder ante la presión de la opinión pública norteamericana y retirar a los marinos. Como esto significaba para Díaz el acabóse, el 21 de marzo su Agente Financiero recibió instrucciones de firmar el Contrato.

El 22 de marzo recibía el Contrato el Congreso de Nicaragua. Desde luego lo aprobó. Yo quisiera conocer el voto razonado, en contra de la aprobación del Contrato, de los congresistas liberales.

Poco después el Presidente Coolidge envió a Mr. Stimson a Nicaragua. Lo demás lo sabe todo el mundo.

Los Candidatos y el Contrato.—Ahora bien, creo que ningún candidato a la presidencia de mi país, en 1928, tendrá la consagración yanqui si antes de ser candidato no se compromete a aceptar como legal el Contrato de marzo 21 de 1927 cuyo significado he venido interpretando.

Pero si no es por un programa que en primer término repudie ese Contrato, ¿a base de qué vamos a diferenciar a los buenos de los malos en Nicaragua?

En otras palabras, si el candidato o los candidatos liberales no repudian ese Contrato, ¿en qué se diferenciarán de los candidatos o del candidato conservadores que estoy seguro lo aceptarán?

Yo no soy liberal de Nicaragua; yo no estoy afiliado con el Partido Liberal de mi país; los liberales y yo nunca nos hemos podido poner de acuerdo sobre cuestiones que juzgo de principal importancia referentes a la oposición que debemos hacerle al yanquismo y la aceptación que debemos darles a las reformas obreristas todos los nicaragüenses. Debo decir paladinamente que cuando era de criticarse la acción y la actitud del doctor Juan Bautista Sacasa, la he criticado franca y enérgicamente; pero que no tengo para su persona odio ninguno y antes bien, cuanto ha hecho desde que salió de Guatemala para instalar su Gobierno Constitucional en Puerto Cabezas ha merecido mi general aplauso y mi apoyo decidido. Más aún, la nota de su cancillería al Departamento de Estado norteamericano con motivo de la misión de Stimson, nota que firma el doctor Ramírez Brown y que no sé por qué no lleva la firma del doctor Espinoza (por aquí se dice que el doctor Espinoza no quiso firmarla: ¿será posible?), es el documento más bello que registra la historia de mi patria. Cuando lo leí se me inundaron los ojos de lágrimas y pude gritar con toda mi alma: ¡Ya tengo Patria! Porque la patria no es el territorio; no es el Banco; no es el Ferrocarril; trasciende todo cuanto es material: está hecha de sentimiento puro. Y antes de esa nota todo me daba a entender, abrumándome el espíritu, que espiritualmente estábamos irremediablemente perdidos. Ahora no. Ahora en lo material estamos deshechos, pero en lo espiritual hemos recobrado la vida misma.

¡Hay que ser fieles a esa nueva espiritualidad! Y la nota valiente del Gobierno ilustre de Sacasa se convertirá en *tirade* sin significación si quienes rodearon a Sacasa y pelearon por Sacasa no repudían *siempre* el Contrato del 21 de marzo de 1927.

A todo candidato a diputado, a senador, a presidente de la República o a vice-presidente, el pueblo nicaragüense debe preguntar: ¿Aceptas o repudias el Contrato del 21 de marzo?

Si el candidato responde que lo repudia, y es hombre que cumpla con su palabra, hay que apoyarlo, hay que elegirlo. Si no lo repudia

abiertamente, públicamente, será ello indicio cierto de que sólo ambiciona mando y que no tiene los intereses de la patria en su corazón.

Ya lo creo que dirán algunos políticos: «Si repudiamos el Contrato, no saldremos electos. Mejor es que lo aceptemos, y, ya en el poder, veremos como lo suavizamos».

Los de las Almohadas.—Éstos son los que todo lo echan a perder, comenzando por el honor patrio. Éstos son los que no se oponen a ser pateados sino que se acomodan almohadas en el trasero para que las patadas no les duelan mucho.

Encuesta Continental.—Desearía que, puesto que su Repertorio Americano es la más leída publicación continental y puesto que el asunto de Nicaragua es ya un asunto continental, allí se discutiera si debe o no debe un candidato patriótico a la presidencia de Nicaragua en las elecciones de 1928 repudiar el Contrato cuya significación he procurado hacer clara en esta carta.

Lo saluda cariñosamente su amigo,

Salomón de la Selva

Para don Joaquín García Monge,
Director de Repertorio Americano,
San José de Costa Rica,
Costa Rica, C. A.

Sr.... ¿nos daría la opinión que solicita el Sr. de la Selva? Abogar por Nicaragua, ahora y siempre, es abogar por su patria.

La poesía espiritualista

La hora

Gracias, Dios mío, pues me ha sido dado
vivir en esta hora de Esperanza!
Gracias, Señor, por este privilegio
de estar dentro del Arca
a la hora en que viene la Paloma
a anunciar la alborada.

Quiera mi suerte nada más, Dios mío,
conocer Su sandalia
y poder perfumarle Su sendero
y ofrecerle en un búcaro mi alma
para que Él la ilumine
y la llene de paz con su mirada!

Rogelio Sotela

San José de Costa Rica
Junio de 1927

Párrafos encendidos
del Dr. Agustín Nieto Caballero

=Tomados del folleto A. Nieto Caballero: *Sobre el problema de la educación nacional*. Bogotá. 1923.=

y 3.—*Veanse las entregas* **15** *y* **16** *del tomo en curso.*

...Hemos creído, usted [1] y yo, desde hace mucho tiempo, que la primera gran necesidad de la instrucción pública es la de tener como Jefe del Estado a un estadista que *sienta* el problema de la educación, a un verdadero *animador* de la cultura patria, a un gobernante tan fuerte, que sea más fuerte que la rutina que tiene que vencer. Un *Presidente de a caballo* piden los ciudadanos celosos de la integridad nacional y de la cohesión interna del país, pero no hay nada que requiera de modo más imperativo ese valeroso jinete que el problema de la reforma instruccionista.

Con un Presidente así, un ministro bien intencionado sentirá ánimo de ir lejos, seguro como puede estar de que su jefe no lo abandonará en mitad de la jornada.

La reforma de la educación nacional en su conjunto implica cuanto antes, es verdad, una completa reorganización del Ministerio del ramo. Es preciso centralizar funciones y simplificar procedimientos para poder dirigir con mano pronta y firme un plan de campaña de amplias proporciones. Necesitamos «un ministerio de guerra» para la instrucción, sencillo en su estructura y eficaz en los procedimientos para llevar con rapidez hasta las más lejanas unidades las iniciativas de los dirigentes. Con un elevado pie de fuerza en maestros avisados redimiríamos seguramente a la Nación. Haríamos algo como lo que viene haciendo Giovanni Gentile en Italia. Pero no olvidemos que Gentile, antes de ser Ministro, publicó en dos tomos densos su filosófico *Sommario di Pedagogia Generale*. Era, pues, el hombre para el puesto: era un hombre y un programa. Y no olvidemos tampoco, y principalmente, que detrás del ministro-educador se encuentra Benito Mussolini, quien afirma que para la grandeza de Italia no hay nada que interese tánto como el problema de la educación.

...la reforma pide el enunciado de aquellas dos cuestiones que deben preguntarse, antes de comenzar su acción, todo educador y todo gobernante:

1.ª—¿Qué se propone, qué abarca la educación?

2.ª—¿Cómo se debe educar, de qué medios se vale el hombre para realizar este propósito?

La primera pregunta contiene el enunciado vital de la cuestión, el punto filosófico—los principios—y necesita para resolverla de seria meditación. El término segundo envuelve los métodos y exige cierta *información*, cierto conocimiento de los sistemas implantados hoy con éxito en los países de avanzada cultura.

Un Gobierno pudiera formularse las dos preguntas enunciadas de esta otra manera: ¿Qué clase de ciudadanos necesita el país? ¿Cómo puede el Estado contribuir a formarlos?

Un inmenso clamor pide una educación práctica, y práctica ha de ser en el sentido de preparar al hombre para una vida útil, intensa y expansiva. Práctica también ha de ser en el sentido de basarla sobre ejercicios de investigación personal y experimentos comprobatorios de las teorías científicas, desterrando de la escuela todos aquellos estudios que sobrecargan la memoria del estudiante, sin prestar el servicio de disciplina espiritual o de conocimiento provechoso.

Tengamos cuidado empero en no dejarnos seducir por aquel practicismo que abandona la ética y las disciplinas mentales del individuo porque no ve en él sino la máquina de trabajo productora de riqueza. Este es el practicismo que sólo busca las aplicaciones precisas e inmediatas del conocimiento, y menosprecia la cultura clásica, los sentimientos humanitarios, la religión, el arte, todo lo que embellezca *improductivamente* el espíritu y ponga *inútiles* alas a la imaginación. Tener carácter, ser justo, ser honrado, perjudicaría en muchas ocasiones a ese hombre práctico del siglo XX.

El anhelo patrio pide hombres eficaces, trabajadores de músculos recios, empresarios audaces... Sí, esto pide, y tiene razón en pedirlo, mas la Patria pide también hijos de aquéllos en quienes la preparación científica esté aunada al carácter firme, al espíritu comprensivo de los problemas sociales de su tiempo y a una noble idealidad humana.

La llamada *educación práctica* puede además llevarnos al más crudo empirismo. La práctica sin el respaldo de la teoría científica es una modalidad primitiva de la acción. Es la rutina erigida en sistema de enseñanza. «Dejemos a un lado la especulación científica», oímos a menudo decir a estos nuevos apóstoles del practicismo. «Queremos hechos y no teorías», agregan con solemnidad. León Brunschwig ha contestado ya a estos teorizantes de los estudios meramente prácticos: Señores, les dice en estos o parecidos términos: Las cosas no se comprenden sino por medio de las ideas. Suprimid las ideas y vuestros discípulos no tendrán de las cosas sino una simple impresión fisiológica, o lo que es lo mismo, una simple visión animal. Recordad, señores industriales, que la superioridad técnica de ciertos países reside precisamente en la subestructura científica que

1 A don Tomás Rueda Vargas alude.

forma los moldes de su química, de su metalurgia, de su agricultura. Hoy el especialista que triunfa es aquél que domina, antes que la práctica, la teoría, pudiéramos decir la ciencia, de su especialidad. Véase, pues, cómo en la raíz misma de las especialidades prácticas que pueden darle un empuje de progreso a la nación está la seria preparación científica, es decir, la disciplina mental del conocimiento que respalda y que guía la obra material.

El tan mentado practicismo parece sin embargo oponerse a estas ideas.

Este practicismo mezquino es el que nos está llevando hoy a esa multiplicidad de bachilleratos sin fondo de cultura científica y ayunos de filosofía. El muchacho a los doce años, según esta modernísima corriente, debe ya escoger su carrera y orientar todos sus estudios hacia ella, abandonando de plano aquellas materias que no son de su especialidad.

Y el bachillerato, que debiera abarcar precisamente los lineamientos de una cultura, no enciclopédica—sobre este punto volveremos luego—mas sí de una cultura general que abriera ante los ojos de un adolescente aquella vasta visión de los intereses espirituales que él desconoce, ese bachillerato que debiera representar una lente panorámica, se convierte en el tapaojos del caballo de coche que le impide a la víctima darse cuenta de lo que a su lado pasa. Y el error es doble, porque esta estrecha visión priva al alumno, si es que su idea de los doce años fue una vocación, de los elementos generales de cultura que son indispensables a todo hombre, y lo que es más grave, si el capricho de los doce años fué un entusiasmo pasajero, impide que el alumno toque una vez siquiera el resorte de su vocación. Es frecuente el caso de jóvenes que sólo en el último año de su bachillerato ven abrirse, como por encanto, el camino de sus verdaderas aptitudes.

Para hablar gráficamente pudiéramos imaginar que los estudios del joven marchan como los punteros de un reloj sobre un cuadrante en donde están indicadas las grandes ramas del saber, y que al ponerse cada vez en contacto con los numerales de su vocación, éstos se iluminan y vibran porque son resortes mágicos de un interés primordial. Mas si los punteros se detienen al comenzar su marcha, un enorme sector de la mente quedará en tinieblas. Esto es precisamente lo que hacen esos bachilleratos especializados, huérfanos de ciencia y de filosofía.

Tiene en gran parte la culpa de este error el afán vertiginoso del siglo en que vivimos. Mas si nos detenemos un momento a considerar lo que para ser hombre de su tiempo se requiere, veremos que el sistema seguido está contraindicado. En efecto, lo que necesita el hombre del día es una mayor expedición, una rápida comprensión de los múltiples problemas que lo envuelven, y una buena dosis de iniciativa propia para poder triunfar. En suma, una fuerte contextura mental, que está muy lejos de dársela el curriculum de estudios que, tan tempranamente especializados, le cierra, en vez de abrirle, todos los caminos espirituales que pudieran atraer su atención.

No confundamos, sin embargo, la enseñanza general con la llamada enseñanza enciclopédica. La enseñanza enciclopédica ha muerto. Aristóteles pudo enorgullecerse de contener en su cerebro los conocimientos de su tiempo. Spencer en la época contemporánea, intentando el fenómeno aristotélico, necesitó de la ayuda de doce secretarios para condensar, y no completamente, en veinte gruesos tomos y en sesenta años de estudio, la ciencia del siglo XIX. Pero hoy, ni un Goethe siquiera intentaría hacer para el siglo XX el formidable experimento. Es, pues, una necedad monstruosa pretender que un niño o un adolescente pueda hacer lo que no intentaría el genio.

Y, sin embargo, cada día los programas se recargan, y así es como la memoria del estudiante va convirtiéndose en el archivo polvoriento y sin vida de interminables nomenclaturas, y su inteligencia va ahogándose bajo el peso de esa carga agobiadora. El alumno, con estos pensums enciclopédicos, no es siquiera aquel viajero condenado a vivir en tren expreso, sin poder detenerse jamás en un lugar de su agrado. Es simplemente la bestia de carga que siente el peso del fardo que le han echado encima, pero que lleva resignadamente porque el *amo* marcha al lado y lo atosiga cuando muestra señales de cansancio.

La carga contiene preciosas cosas, sin duda. Mas la equivocación está en dejarla caer sobre el alumno como un peso muerto. Es el alunmo quien debe *caer* sobre ella para entresacar de allí los elementos que a su espíritu convienen en determinado momento, y la tarea del maestro está, para el caso, en servir no de amo, sino de guía y amable compañero al inexperto buceador.

El símil es más real que aparente. Tomemos, para hacerlo más claro, un ejemplo en la práctica del sistema Decroly, que hoy triunfa en las escuelas nuevas de Europa, y en alguna de esta ciudad. De esta manera podremos ir poniendo de relieve los medios de que podemos hacer uso para realizar el ideal educativo que buscamos.

Se ha tomado—estamos en plena escuela primaria—para la ocupación de un período más o menos largo el estudio de la habitación del hombre. Los alumnos han recorrido en bulliciosa caravana todos los alrededores de la escuela. Han visto el rancho del labriego, la casa de teja del hombre acomodado, el palacio del rico, el edificio público, Han visto elaborar el ladrillo, tallar la piedra, aserrar la madera, forjar el hierro... Y lo que han visto lo han dibujado, y lo que han dibujado se ha convertido en pocos días en el taller infantil en diminutas construcciones de barro, de papel, de cartón y de madera.

Y ahora surge lo más interesante. Los edificios de la colección son distintos de los conocidos en tarjetas postales y en revistas que vienen de países extranjeros. ¿Quiénes son esos hombres que hacen casas tan distintas de las nuestras? Son los ingleses, son los suizos, son los norteamericanos. ¿Y cómo vive esa gente? Es el niño quien hace esa asociación en el espacio. y esa asociación en el espacio se llama Geografía. No importa clasificar por el momento. Las clasificaciones vendrán a su hora. Este será el programa de la Segunda Enseñanza. Por lo pronto sólo importa *crear intereses* en la imaginación del niño, para que su inteligencia se abra a la vida del sentimiento y del saber, y para que cuando el momento de la clasificación científica llegue, todo sea comprensión. y no aquel frío y torpe repetir de memoria lo que muchas veces no se entiende siquiera.

Es así, en la pequeña excursión de estudio, como el niño se ha dado cuenta de lo que es un río, una montaña, una llanura. El ha pasado al papel el diseño de la ruta que lleva y de los accidentes del terreno que ha encontrado. Ya es hábil para hacerlo, porque los primeros planos fueron aquellos que hizo de su cuarto de clase, del local de la escuela, de los alrededores recorridos cada día. Conoce, pues, el valor representativo de una línea y es experto con sus lápices de colores para indicar, con un tono distinto, la carretera, la vía férrea, el acueducto. Y todo dentro de una sencillez admirable, ya que estos mapas no se van a colgar de las paredes para que los *diletantis* oficiales digan magníficas cosas de ellos el día de los exámenes, sino a conservarse inteligentemente como obra infantil, ingenua e ingeniosa a la vez, porque el niño, en la libre expresión de su personalidad, nos da nuevas sorpresas cada día.

Los famosos mapas en tinta china, que para sus fatigados autores no pasarán de ser aterradores logogrifos, seguirán, sin embargo, triunfando en muchas de aquellas escuelas presididas por las doctorales figuras de maestros consagrados.

En cambio, Ritter y Humboldt—los dos grandes precursores de esta geografía humana—se hubieran maravillado al contemplar hoy, en el movimiento armónico de una escuela nueva, las bellas ideas que ellos engendraron.

La Geografía se convierte, con el nuevo sistema, en aquel gran centro de interés que junta en un solo haz los fundamentos de diversas ciencias. La Tierra, estudiada como *el hogar de las ocupaciones del hombre*, abarca, en efecto, un inmenso número de las ramas del saber. Dewey lo explica con elocuencia. La Tierra es el gran campo, la gran mina, la gran fuente de las energías, del calor, de la luz y de la electricidad. La industria humana, como el alimento del animal y del hombre, tiene sus raíces primeras en la tierra. La tierra es el gran escenario sobre el cual el niño mismo puede trazar y seguir el progreso de la humanidad...

Pero aquí entramos ya en la Historia. Y es el niño quien nos lleva a ella. Estudiando la habitación, ha asociado imágenes en el espacio, y esto, como vimos, es la Geografía. Mas el niño es insaciable en su sed de investigar. Sus asociaciones serán ahora

asociaciones en el tiempo. ¿Cómo vivieron los hombres de otras épocas? Ahí penetramos ya, llevados por el interés del niño, en el vasto campo de la Historia. Ahora parece que juega con las habitaciones de los diversos tiempos. Las cavernas, las moradas lacustres, las casas hechas sobre la copa de los árboles, la tienda primitiva, el castillo feudal, la construcción moderna... Y su interés no se detendrá allí: la historia de los pueblos, sus luchas, sus hechos heroicos, bullirán en el cerebro del niño como un cuento de las Mil y una Noches. Así irán surgiendo racionalmente, como lo pide Lavisse, los grandes acontecimientos y las grandes figuras, y el alumno, ayudado por su guía y compañero—el maestro—irá desentrañando el sentido profundo de aquel encadenamiento de los fenómenos sociales que fatigó a tántos estudiantes con el nombre de *Historia*.

El alumno irá de esta manera desde la anécdota que lo entretiene como un cuento hasta la seria investigación personal en el archivo inédito. El sentimiento de patria y humanidad tomará así cuerpo y alma en su imaginación. Sabrá lo que son las virtudes cívicas y comprenderá lo que para el Universo significa un sabio o un benefactor de la humanidad. Y asímismo llegará a la clara comprensión de los intrincados fenómenos que determinan la política de las naciones. Más tarde, cuando al estudio de la Sociología le haya llegado su hora, todo será para el estudiante interés comprensivo e investigación provechosa.

Otros intereses surgirán en la mente del niño, asi como avance en su investigación. Las diversas habitaciones del hombre le abrieron el amplio horizonte de la Historia y de la Geografía. Otra forma de la lucha contra la intemperie—el vestido—ampliará la visión de aquellos intereses y lo pondrá en camino de revelaciones hasta ahora ignoradas, pero no menos atrayentes.

Nada dice a la imaginación de un niño una tela de algodón, pero llevémoslo en una pequeña correría de estudio a la plantación en donde se cultiva la materia prima y a la fábrica en donde se beneficia; y sobre todo, hagámosle trabajar a él mismo en el salón de su clase-taller; que él mismo construya un telar rudimentario y ensaye con sus manos la elaboración imperfecta, pero muy educadora por cierto, de la obra que cautiva ya su inteligencia y organiza su voluntad, y así tendremos al alumno pasivo transformado en el operario inteligente que construye, lleno de alegría, su propio conocimiento.

El trabajo de asociación continuará interminable. Del vestido del hombre pasará el niño, sin solución de continuidad para su espíritu, al estudio de las pieles de los animales, del *vestido de los animales*, como él mismo dictamina. El pez, la serpiente, el camello, la oveja, desfilarán por su imaginación, y es él mismo quien iniciará el estudio de los animales a su alcance y pedirá se le cuente *la vida y prodigios* de aquéllos que viven en lejanas tierras.

Y así como todo un mundo se abrió a su espíritu inquieto con los múltiples temas que le dió el vestido, otro mundo nuevo surgirá para el alumno con otro centro de interés vital: la alimentación. ¿Un ejemplo? El grano de trigo, que el niño sembrará en el vaso de cristal para ver crecer diariamente sus raíces y su tallo; la visita al campo dorado por las espigas en flor; las labores de la siega, y luego las del horno, para poder después escribir e ilustrar en el minúsculo cuaderno de apuntes *La historia de un pan*. ¡Sencilla y asombrosa historia!

Cada día traerá un cuidado distinto. Hoy será la caza de cucarrones y de arañas, cuya novela histórica, fascinante como un drama de Ibsen, escribió aquel viejo mago llamado J. H. Fabre. Mañana comenzará el estudio del cuerpo humano, interpretado como una ciudad con millares de habitantes, las células; con plaza de combustibles, los pulmones; con murallas, la piel; con centinelas, los ojos, los oídos, el paladar, el tacto; con enemigos, los microbios... Para otro día será la visión insospechada de las sabias cristalizaciones del mineral, reveladas bajo el lente.

Ya no se tratará de aprender desde un principio las interminables y frías clasificaciones de piedras, de plantas y animales, sino de ir en su busca, de seguirlos en sus procesos, de *interesarse* por ellos, hasta el punto de convertirse el alumno en un pequeño investigador, lleno de aquella sana y saludable alegría que establece todo esfuerzo que marcha en consonancia con el desarrollo psíquico de las facultades humanas.

Los conocimientos adquiridos en la forma que venimos apuntando, no huirán de la memoria fácilmente. Mas importa recalcar que en la escuela primaria valdrá más que el mismo conocimiento adquirido la disciplina mental que él determina. No hay que olvidar que el niño tiene, cuanto antes, que *aprender a aprender*. Esta es la gran clave que muchos maestros no han comprendido nunca. El alumno puede tener todas las apariencias de un esclavo cuando llega a la escuela, pero al maestro digno de este nombre corresponde enseñarle cada día a conquistar su libertad.

¿Y los libros de texto?, se nos dirá. Déjémoslos, si es que valen algo, para la consulta del maestro. La naturaleza es el gran libro abierto, en que el niño debe aprender a leer, aun antes de tomar en sus manos la primera cartilla.

La lección es sugestiva para los que piden dinero—y sólo dinero—como condición esencial para intentar la reforma de la escuela. La naturaleza, podemos responder a estos señores, os ofrece gratuitamente, en una eterna edición de lujo, lo que vosotros pedís en modestos y envejecidos manuales. No es, pues, el dinero lo que primordialmente nos falta. Es el ánimo comprensivo y la ciencia renovada que iluminan perennemente la ciencia del educador.

Algunos creen todavía hacer obra nueva con aquellas monótonas *Lecciones de cosas*, que pasaron ya a la historia, porque no son sino conferencias sin vida que el maestro repite a sus alumnos sobre un determinado objeto. Así los alumnos no investigan; oyen solamente; continúan formando el viejo auditorio de la vieja Pedagogía, y no el laboratorio de la Pedagogía presente.

Otros han convertido en caricatura el espíritu de esta nueva y fecunda enseñanza, bautizando sus conferencias con el nombre de *Lecciones de objetiva*, y haciendo luego a sus discípulos un solemne examen de recitación para mostrar *lo bueno* del sistema.

Aun en la Segunda Enseñanza hay ramas del saber que continúan teniendo un mayor valor como normas del espíritu que como acervo de conocimientos. Es clásico a este respecto el ejemplo de las Matemáticas.

Las Matemáticas, se ha dicho con sobra de razón, tienen un valor mucho más trascendente que el de la utilidad de su aplicación. Poinsot, en su primer informe sobre la Universidad de París, nos lo explica con claridad cartesiana. No son las teorías, ni los procedimientos, ni los cálculos por ellos mismos, lo que tiene más grande utilidad para la inteligencia: es el admirable encadenamiento, es la lógica que ellos establecen; es el ejercicio que dan al espíritu; es el buen razonamiento que ellas implantan como una definitiva adquisición. Gozan las Matemáticas de un privilegio inapreciable: no importa *saberlas* en un momento dado para aprovechar sus ventajas; basta haberlas sabido, o mejor, haberlas estudiado; haberse sometido a su disciplina severa. Su precisión es un molde que nos obliga a ajustar nuestros discermimientos a las líneas de su lógica impecable; y su fuerza es un motor que obra dentro de nuestra mente abriendo surco profundo en cualesquiera labores que cautiven nuestro interés.

...*Ver lejos y ejecutar pronto:* así sintetizó Millerand en 1919 su programa de acción en el gobierno. Quien ve lejos ejecuta con calma y con orden. Tengámoslo en cuenta, porque aquí a menudo ocurre que cuando ejecutamos pronto es porque hemos visto demasiado cerca; y cuando vemos lejos, nos da vértigo la lejanía, y preferimos la inmovilidad.

La reforma tiene en su contra la misma impaciencia de cuantos la piden a gritos. Un Ministro de la Instrucción debiera trabajar en un gran recogimiento espiritual, como que tiene en sus manos la propia masa que modela al ciudadano del porvenir. Pero ese Ministro, al día siguiente de nombrado, tiene que formular un plan renovador; recibir a los reporters de los distintos diarios y decirles estupendas cosas; lanzar desde los balcones de su casa las fértiles ideas que un público ansioso e impaciente espera al sol o al agua, en mitad de la calle; afrontar en las Cámaras el debate político y aún el meramente personal; consultar, en fin, en la noche—si es supersticioso—el sino de la estrella doble que titila sobre su cabeza...

...La complejidad de la cuestión universitaria está en otro lugar. Nuestra Universidad no tiene alma: éste su enorme pecado. Los profesores y los alumnos, reunidos en fraternales cuerpos colegiados, podrían crear esa alma. Nada se hace hoy, empero, por intentarlo. Los profesores no se reúnen periódicamente, por más que en los reglamentos así esté establecido, y son muy pocos los que se aproximan al corazón del estudiante, en donde palpitan, en medio de las locas travesuras de la edad, los nobles y renovados anhelos de las generaciones que llegan. Los que escuchan esas palpitaciones son los únicos que comprenden lo que vale la juventud de una nación, y sienten mayor cariño por ella que por la intangibilidad de sus prerrogativas de catedráticos. Estos educan. Los demás desempeñan solamente el modesto oficio de repetidores.

Levantar el nivel moral y espiritual del estudiante: he ahí la suprema cuestión universitaria. La están resolviendo a diario las grandes universidades alemanas, inglesas, norteamericanas. Nos bastaría el fresco ejemplo de éstas últimas. Nos bastaría enterarnos de lo que valen hoy, sobre todo por su espíritu, Columbia, Yale, Harvard, Princeton, Lehigh....

A. Nieto Caballero.

La revista *Cromos* de Bogotá

En la administración del Repertorio Americano hay la posibilidad de conseguir ejemplares nuevos de la revista *Cromos* de Bogotá. Como se trata de un semanario ilustrado de hermosas letras y de mucho crédito en Colombia, no dudamos que algunos de los colombianos y costarricenses que nos lean nos soliciten luego la suscrición. Disponemos de los números 553, 554 y sucesivos. Vendemos el cuaderno a razón de **₡ 0.75**, puesto en cualquier lugar del país.

Al mismo precio, a **₡ 0.75**, vendemos también Amauta, la notable revista de Doctrina, Literatura, Arte y Polémica que edita en Lima José Carlos Mariátegui. Disponemos del número 1 al 8, el último que ha salido.

García Sanchiz en Costa Rica

Colón, 13 de Junio de 1927.

Señor don Joaquín García Monge.

Redacción del Repertorio Americano

San José

Pienso llegar el jueves y celebraría que me contara usted entre sus amigos.

Federico García Sanchiz

Tiendo la mano franca al Sr. Sanchiz, escritor andariego y simpático, y puedo asegurarle que cuenta con un amigo más, estimador y servidor affmo.—*gm*

El número

El número pasa por el reloj y el reloj le pone el pico
para gorgear con un gorgeo de muelles.
El reloj parece un aviso.
El número sigue viajando. Se detiene
en los portales de las casas y es la savia
de la ciudad, que hinche con sangre generosa
la cauda de las calles.
Brinca en la Bolsa como un pájaro
en una jaula negra
pintados de blanco los barrotes.
Cruza en los autos y en los trenes;
infunde humor a los motores;
es radiograma en el kilómetro,
y se va planeando en los aviones
proyectado inmensamente en los espacios
a buscar el número de hombres
perdidos en la guerra.
El número en los almanaques
—grandes relojes de folleto—
desgaja el día y rueda por el reverso de la hora
hacia la recolección de cielos venideros.
Y en la interminable hilera de vitrinas
que cargan y descargan
convoyes, el número ve y piensa.
El número vive esclavizado.
Pero tiende una celada en la moneda.
Cae Francia. Caerá Bélgica.
Huye afanosamente por el mundo
y se agolpa
en E. E. U. U.
El número va a sacudir el yugo.
El número es nuestro camarada.
Es el revolucionario preso.

luis vidales

París, 1927.

Zogoibi



Enrique Larreta

Leer en París la nueva novela de don Enrique Larreta es lo único que puede resarcirnos de la contrariedad de no leerla en Buenos Aires. Aquí también, a poco de abrir el libro, se vislumbra la posibilidad de situarse, para sentir mejor las peripecias del conflicto, en el corazón de una de las fuerzas antagónicas que lo producen. En *Zogoibi* luchan, de una parte, los espejismos de un París lejano, brillante, fabuloso—el falso París inventado por el rastacuerismo y sus cronistas—, y, de la otra, las realidades, enérgicas pero sencillas, de la vida argentina rural. Las realidades, casi inermes ante el ataque sutil de otro mundo más complejo, sucumben. Y los espejismos, triunfantes tan pronto como la pasión se desata, acaban desvaneciéndose—si acaso se desvanecen—al golpe de su propio estrago.

Visto así, *Zogoibi* no carece de cierta trascendencia simbólica: por momentos el lector cree rozar, según vuelve las páginas, uno de los más hondos problemas espirituales de los pueblos españoles de nuestro continente.

* * *

¡Desventurado Federico Ahumada! Pudo ser feliz y aun lo merecía. Era bueno. Era rico. Abundaba en grandes prendas personales. Tenía un temperamento imaginativo que él sabía poner al servicio de la vida diaria para ennoblecerla y gustarla. Disfrutaba, dentro de lo que conviene a una existencia sana y fuerte, de las mayores satisfacciones exteriores e interiores. Su juventud se deslizaba suavemente; la caldeaban los más caros afectos: era una sonrisa. Y como si todo esto no fuera bastante, Federico contaba, además, con el amor de su novia, la encantadora y juiciosa Lucía—tan hermosa, tan sincera, tan intensa y contenida en su cariño, que era para él como el seguro ofrecimiento de una caricia que no acabaría nunca.

Pero en medio de todas estas realidades—¡pobre prestigio siempre el de la realidad!—, ¿cómo había de descubrir Federico el camino inconfundible y preciso de su dicha, si al mismo tiempo flotaban en su entorno las insinuaciones de aquel otro mundo—éste sin límites; éste fantástico—que su imaginación soñaba y le hacía ver despierto? Por otra parte, una arenilla se había colado entre los engranajes de su posible ventura—él era ateo; la familia de Lucía, devota—, y, de esta suerte, detenido por el menudo obstáculo el curso de unas cosas, el destino permitió el curso de otras. Se abrió el pequeño resquicio por donde lo fabuloso y lo real iban a tocarse.

El primer contacto sucede a manera de juego. La seductora Mrs. Wilburns sólo atrae al principio a Federico por que éste siente el aguijón de la curiosidad; porque en el perfecto exotismo de la hermosa aventurera sin patria él cree palpar las promesas de sus sueños. Uno de los personajes secundarios de la novela dice alguna vez, refiriéndose a la tierra argentina: «Debiéramos vendérsela a los ingleses, y, con el dinero que nos dieran, irnos todos a Europa». Y la señora de Wilburns, en uno de sus raptos amorosos, susurra en cierta ocasión al oído de Federico Ahumada: «¡Ah, contigo en en París!» He aquí la clave de la aventura y sus primeras consecuencias.

Luego, cuando la curiosidad se trueca en hábito, y el hábito en pasión, el engañoso juego se trasforma. El acicate no es ya sólo el espejismo de un mundo lejano en que la imaginación se complace: ahora es una extraña urgencia inmediata, hecha de verdad y de mentira, de realidades que confirman los sentidos y de evocaciones que la misma urgencia estimula. Y este ente impuro, amasado con elementos de una inclinación profunda a satisfacer vagos anhelos, pero encarnado en una mujer bella y perversa, se abate sobre el verdadero mundo que estaba para Federico y lo desmorona. En vano se esfuerzan por salvarlo la pobre Lucía y su amigo Don Alvaro, el cura ejemplar. En vano batalla Federico consigo mismo. En vano viene a él la admonición de cuanto alienta en su casa. Federico empieza destruyendo el equilibrio de su vida cotidiana, en la cual ya no encuentra encanto. Deslustra su amor. Aflige a su madre. Se atormenta. Y, por último, tras de faltar a las más solemnes promesas, apura la tragedia en un anochecer cargado de presagios siniestros. Lucía, que ha venido a espiarlo hasta la tapera misteriosa donde él se reune con Mrs. Wilburns, surge de pronto en la oscuridad; y él, engañado por las sombras y sus presentimientos, la mata. Descubierto el error, se quita la vida allí mismo.

* * *

En *Zogoibi*, sin embargo, hay algo más que el relato novelesco de una tragedia. Con este libro Larreta nos da—y este es sin duda su mérito supremo, al menos dentro del cuadro de las letras hispanoamericanas—una novela donde el ambiente de América se espiritualiza y se hace profundo, donde el aire que se respira tiene tres dimensiones. La atmósfera imponderable, eso que si se toca se pierde—como en los cuadros la luz—, pero sin cuya presencia fluida los seres no existen más que a medias, se realiza aquí plenamente. Del seno del ambiente que les es propio van saliendo los personajes de la novela, bien por creación directa, bien por contraste; y cuando ya han cobrado todos su perfil, la trama de sus actos se desenvuelve a par del mudo comentario de lo que les rodea. Se diría que de este modo se restablece el papel del coro, voz de lo permanente. En primer término dis-

(Pasa a la página 362).

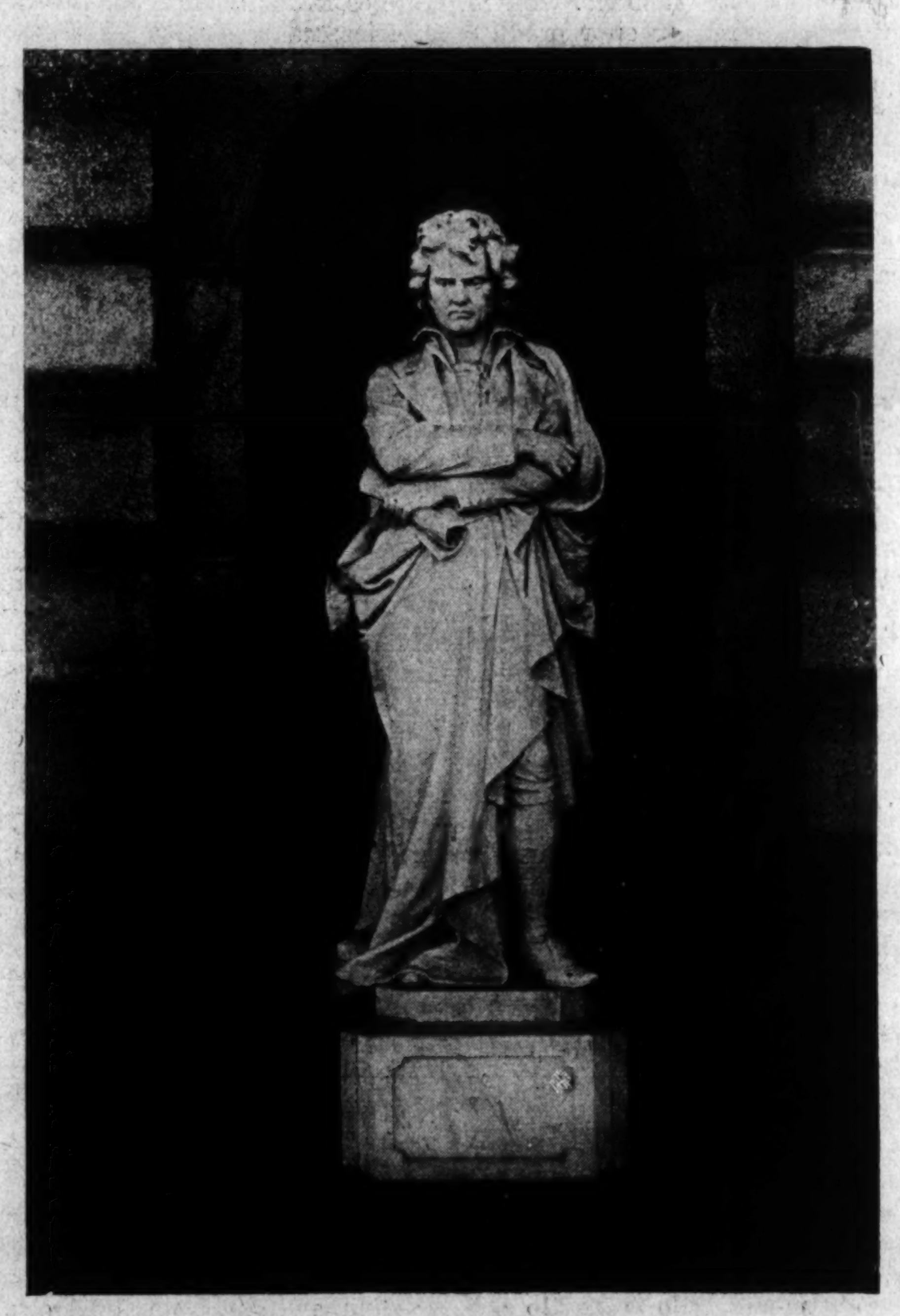
EN EL CENTENARIO DE UN HOMBRE

Luis van Beethoven

*«Woltuen, wo man kann,
Freiheit über alles lieben,
Wahrheit nie, auch sogar am
Throne nicht verlenguen.»*

BEETHOVEN

No todo fué música en Luis van Beethoven, como no fué todo pintura en Goya. Los dos lograron la superación del bien por la belleza y vivieron muy dentro de sí mismos en una fiesta continua de Libertad. «El sueño de la razón produce monstruos», escribía Goya en uno de sus dibujos que servían a su fe social como a los tremendos versos de Miguel Angel las márgenes de su *Dante* y a Beethoven sus cuadernillos. Beethoven escribía en ellos: «Woltuen, wo man kann, —Freiheit über alles lieben,—Wahrheit nie, auch sogar am Throue nicht verlenguen.» (Hacer todo el bien posible; amar la Libertad sobre todas las cosas, y aun cuando fuera por un trono, nunca traicionar la verdad.) El hijo de un labriego, pintor de cámara de Carlos IV, moría un año más tarde que Beethoven, desterrado voluntariamente a Francia por no someter su albedrío libérrimo. El hijo de la sirvienta, huésped de príncipes y archiduques, gruñía su terrible decir: «No llevo la nobleza en la sangre, sino en el cerebro.» Los dos sordos llegados a una imponderable expresión de la belleza por una dilatación inconcebible de su alma, sentían que, en su fervor calidísimo de Naturaleza, los hombres les impidieran ver la Humanidad, como al Heine inolvidable le ocultaban los árboles la selva. España ha tenido que pedir a Francia los huesos de su Goya; la Francia de su época llamaba a Beethoven el Danton de la música. La Libertad afrancesó a los dos e hizo algo más que quitarles la casaca y peluca del siglo XVIII, y hasta las suyas propias. Sobre la mesa y cerca de un Plutarco bien repasado y entendido mejor, Beethoven tenía una estatuilla de Bruto. El caballista del Praeter era espiado ahora por la Policía, que le seguía hasta su casa al volver de sus zancadas leoninas de Modling, como los corchetes y esbirros acompañaban hasta su quinta del Manzanares al hombre que cazara en compañía de los reyes mismos. Por ser iguales, lo fueron en el sublimar en el arte sus sentimientos políticos.



Ludwig van Beethoven

Mármol colocado en la hornacina izquierda de la fachada del Teatro Nacional de Costa Rica

Políticos, sí; pero en el sentido griego originario de esta palabra, ya tan bastarda y zamarreada. No hace mucho tiempo, Gorki pedía a Romain Rolland, en bellísima carta, una *Vida de Beethoven* especialmente escrita para los niños rusos y los más jovenzuelos entre los «proletcults». Los niños que Lenin acariciaba mientras decía a Gorki: »Su vida será mejor que la nuestra, será menos cruel, se librarán de muchas cosas que nosotros hemos sufrido»... Esos niños necesitaban, según el gran escritor, una historia de la vida de Beethoven... ¿Qué fue la vida de este hombre si no una fuerte rebeldía o una ascención de ansiedad indefinidad a ideas de bondad suprema, de triunfo, de liberación? ¿Qué significa en sus Sinfonías esa amplificación descomunal de las afirmaciones y resoluciones «difícilmente tomadas» —como él mismo escribe—, tremendos himnos colectivos en los que la apasionada riqueza moral del tema enloquece ebria de redención? «Muss es sein?... Muss sein!» («¿Es preciso?... ¡Preciso es!») ¿Quién olvidará, una vez escuchados los puñetazos del Destino, aquellos primeros compases de la Sinfonía en «do» menor? «Así llama el Destino a nuestra puerta», dice él; y no es así, porque quien así llama «a nuestra puerta» es el mismo Beethoven. Los nudillos de esa mano misteriosa meten menos ruido cuando llaman al corazón de cada uno. Para «despertar» a «Todos» hay que llamar así; por eso sobrecogen tanto, porque cada uno de nosotros al oirlos se siente llamado. Las ciento noventa cantatas de Bach que cimentan el arte genuinamente germano, y quién sabe si son, hoy por hoy, la base más firme de la música toda—así, Haendel también—, fueron halladas por el Grande en los coros luteranos y armonizaciones de los Kirleisen por Walther, y hablan de Dios a Dios. Pero Beethoven, el fatigado del *Larghetto* de la Primavera, el del adagio del quinto concierto y de los adagios todos; el del presto del cuarteto en re mayor y de las variaciones del cuarteto en la; el Beethoven de «todos», inaccesible y diamantino a la vez, habla a Dios del hombre como en una profundísima y obsesionante interpretación del *Tratado de las pasiones*, de Spinoza. ¿Qué filósofo—después de zaherirle, claro está—no se siente obligado a traducir al asceta de la libertad del pensar, al integérrimo insobornable que rechaza los millares de florines

del Rey-Sol por no dedicarle una obra? Sin idea alguna de lo que es un intelectualismo riguroso, un sistema constructivo metafísico, el que soñó y aun borroneó musicalizar sentimientos de Goethe, puso, en notas de portentosa majestad estremecedoras de amplitud y resonancia, la alegría que brota de los desengaños y aflicciones humanas, como si tradujera al solitario de La Haya y no poetizara «sonidos» schillerianos. Sin duda, la conciencia es más rica en predisposiciones y sugerencias que en expresiones concretas; la mayor parte de las obras maestras entraña en esa idea kanciana.

Beethoven, no; el «O Freude, nicht diese Töne» surge de su cantor en imprecación hebraica, clara y directa. Por el dolor, a la belleza; por el dolor, a la verdad. Cuando por esa vía de amargura se conquista el derecho de hablar alto y claro, ¿no será Beethoven quien ponga de rodillas al hombre? Cuán deliciosa esa serenidad de luz cuando ese hombre «habla por los demás». Y qué fiereza al topar con las reservas palaciegas y las ponderaciones escrupulosas disfrazadas de modales implacables; en la carta a Bettina Brentano hay algo de eso; más en la dedicatoria rota de la Sinfonía en mi bemol, mucho más. Lo que apasiona de Beethoven es su pasión; no conoce los términos medios, su temple indomable enamora. El leía a Platon. El filósofo proscribe de su República los «modos lydios» por peligrosos para las buenas costumbres; probablemente, nunca supo Beethoven que Aristóteles los recomendaba, por el contrario, y muy especialmente para la educación de la juventud; Beethoven tenía, en sus cuadernos últimos, diseños de tiempos en esos modos para la Sinfonía décima. ¿Cuál de los músicos consiguió en cualquier época, como él lo consigue siempre, que la forma exteriorizase con expresión feroz la rebeldía de la substancia? Técnica e idea, obra y vida son en él indisoluble fenómeno. Obra gigante es la de Bach; su obra produce calofríos; nadie, sabe todavía cómo pensaba y si sentía alguna cosa ese imponente Juan Sebastián, que no se enfadó jamás con nadie, ni con los órganos que había en su tiempo. Beethoven hace esperar a su puerta, todo el tiempo que le da la gana, al príncipe Lichnowsky, y se separa del lado de Goethe sin despedirse siquiera. Ama al héroe; pero sus exigencias son implacables. ¿Qué es eso de «grande hombre» cuando el genio se hurta a los dolores de los otros hombres o se aprovecha de ellos?... Los que sueñan un corazón beethoniano en eterno «rubato», o en castañeteo de afiebrado crónico, no le conocen bien. No ondula, no se deforma, no es inseguro jamás, ni en los momentos más sombríos en los que sentimientos «menores» sobre la misma tónica de los «mayores» modularan ilimitadamente... Siempre en «maestoso», como él decía de la *Mesiada* de Klosktok, buscando a Dios para mostrarle los hombres y no para moverlos ante Dios como los profesores del Museo de marionetas del «Touhalle», de Zurich, mueven los deliciosos muñecos del artista Otto Morach en el *Retablo* de nuestro Falla.

EUGENIO NOEL

(*La Libertad*, Madrid).

Zogoibi

(Viene de la página 360)

curren Don Alvaro, Federico, Lucía, Mrs. Wilburns y demás figuras, cuya vitalidad, si a veces apenas insinuada, resalta siempre vigorosa. Pero, de más allá de donde los personajes se agitan, el lector recibe la irradiación de otra presencia que lo pervade todo, las palpitaciones de otro ser central en la obra: la vida de la pampa, cuyo misterio parece ser el verdadero y único personaje.

Pocas palabras bastan a Larreta para colocarnos de lleno, desde el comienzo, en el paisaje a la vez material y moral que hace cuadro a sus criaturas. Cuando Don Alvaro—el admirable cura—pone pie fuera de su iglesia y de su pueblo, se halla de golpe en campo raso, se halla en la pampa, «en aquella pampa escueta, espiritada, anhelosa, y que a él se le antojaba siempre la región metafísica por excelencia, con su trazo ideal de horizonte, su belleza casi incorpórea, lírica, abstracta, su desmesurada fantasía, su embriaguez de infinito». E igual a todo lo largo de la novela: el comentario nacido del alma pampera y su misterio subraya paso a paso cada elemento de la acción—o mejor: lo matiza, lo penetra. Federico es el enamorado de la pampa. Lucía más aún: es el terruño palpitando en su ser. Y los amores de ambos, son un idilio ungido por el viento salvaje, «un idilio claro, alado, con más cielo que tierra, a guisa del anheloso paisaje que los rodeaba». Este paisaje, diverso y uno, nunca pierde su estética esencial: «paisaje todo horizonte, que es para muchos la mayor hermosura y trazo de unión soñadora de los ojos del alma». Y cuando se concreta, cuando los instantes lo individualizan, adquiere las tonalidades de la obra maestra, como aquí: «En toda la extensión inmensa, el rosado vapor de una laguna, a cuyo borde plañía un rebaño del mismo color de la niebla, era lo único que interrumpía la línea del horizonte».

Los escolios de la pampa, a manera de viñetas, aparecen hasta en los momentos más indiferentes. Don Alvaro, camino de la estancia de Lucía, solía ver «caballos salvajes que disparaban en el viento, con las crines revueltas y como enloquecidos por los olores del aire». Pero en la hora decisiva en que Federico Ahumada escoge la la senda trágica, la voz de la pampa domina todo. Es en la hora terrible cuyas imágenes y gritos lúgubres son como el anuncio de lo que sucederá. Federico, dócil a la solicitación que en él ejerce Mrs. Wilburns, va a verla por primera vez y pasa, al anochecer, por la orilla de La Escondida, la laguna. En las tres páginas—para mí las mejores de *Zogoibi*—en que el autor pinta este episodio, de valor en apariencia puramente anecdótico, reside la esencia concentrada de todo el libro. Son páginas admirables por su sobriedad y su expresión directa, por la emoción íntima que pone a flor de alma, para comunicárnoslo, lo inefable de la pampa sin límite, insondable en su misterio como la sombra, como la noche.

MARTÍN LUIS GUZMÁN

París, Enero de 1917.

Ultima palabra

De la difamación colérica a la verdad tranquila

Lima, Perú, 7 de mayo de 1927.

Sr. Joaquín García Monge, Director del REPERTORIO AMERICANO.

San José de Costa Rica.

Sr. Director y amigo:

Ya que se le suplica a Ud. el que no me permita defenderme, le suplico yo a mi vez el que siga acogiendo cuantos insultos contra mí busquen el hospedaje de su periódico, para que así se pueda apreciar—cuando aparezca en breve *El libro de mi proceso* dado ya a las prensas—la distancia que media de la difamación colérica a la verdad tranquila. El insulto cosa es que si se necesita hacerse debe hacerse en privado, para sostenerlo masculinamente y sin escándalo, que sólo buscan los que esperan derivar de él algún provecho.

Yo no voy a discutir fuera de mi Patria, lo que sólo a mi Patria corresponde juzgar. Si hay aquí algún periódico que acoja la comunicación que se le ha dirigido a Ud. con el título de «No podemos callar ante tanta infamia», tal vez le dé yo cumplida respuesta con el título «No debemos callar ante tanto embuste».

De nada de lo que a mí se refiere voy, pues, a ocuparme en tan interesante comunicación, ya que tampoco toda ella no logra más que producirme, en vez de irritación, verdadera piedad.

Sólo con el objeto de que comprenda Ud. tal piedad, voy a hacerle apreciar las armas de que se vale la defensa de memoria que, en efecto, debería ser más respetada por sus defensores. Bástame para ello referirme no a mí, sino al Coronel don Medardo Cornejo, cuya foja de servicios enorgullece al Ejército del Perú.

Repare Ud. en la repugnante e indecorosa modificación que, contando con el descuido del corrector de pruebas, se ha introducido en el nombre bautismal del Coronel Cornejo: y ya verá el indigno papel que se le hace desempeñar al REPERTORIO, recogiendo lo que guarda en el alma quien ha introducido modificación tan reveladora de los más bajos apetitos. Así también deducirá el valor de los insultos del que no tiene reparo en dirigírselos a un anciano de ochenta y dos años, cuyas canas no fueron mancilladas antes sino por la pólvora de los combates.

Repare Ud. en la osada afirmación que se le hace, «...el titulado Coronel Medardo Cornejo no asistió a la batalla (de Arica);» y, aunque lo mismo puede encontrar en todas las relaciones detalladas de esa batalla, tanto peruanas como chilenas, lea Ud. en la *Revista Militar* que le envío — con cargo de inmediata devolución — la última publicación hecha al respecto en 1923 y en la que encontrará que el ya entonces Teniente Coronel don Medardo Cornejo ejerció en la batalla de Arica el Comando nada menos que de las Baterías del Este, únicas en que estallaron minas de defensa colocadas por el Ing. José Belaúnde y últimas en presentar heroica resistencia al enemigo. El Coronel Cornejo salió gravemente herido en el combate, «como se dice en su foja de servicio».

Constatado por Ud. mismo, con la lectura de la *Revista Militar* que le envío, el sistema de embustes que se sigue para disimular la responsabilidad histórica que yo no he inventado, se podrá también explicar la piedad que ello tiene que llegar a inspirarme.

Puede, por eso, Ud. o quien lo desee, investigar directamente con el Crnl. don Medardo Cornejo o con cualquiera de los miembros de la *Sociedad de Sobrevivientes de Arica*—cuya nómina consta en el Ministerio de la Guerra y puedo yo proporcionar autenticada por el Cónsul de Costa Rica en Lima—la razón por qué callaron al respecto, mientras estuvo en el Poder la oligarquía plutocrática conocida con el nombre de Partido Civil, la significación verdadera que tiene el documento relativo a las minas que funcionaron en Chacalluta y no a las que dejaron de funcionar siete días después en la ciudad de Arica y su Morro y la importancia de las demás publicaciones hechas en 1881, 1883, 1902, 1912, etc., sin haberse pedido ni realizado nunca una investigación oficial sobre la manera cómo los chilenos obtuvieron, según declaración publicada con fecha 4 de junio de 1880, «los planos de los fuertes y de las minas» de Arica, al siguiente día de caer prisionero el Ingeniero encargado de colocar dichas minas y sobre cualquiera otra razón que pudo haber para que el 7 de junio no funcionaran éstas, y sí las dos que, aparte de tales planos, colocó el Ingeniero José Belaúnde. Repito que no tengo yo ningún interés de esclarecer los hechos en referencia, y menos aún fuera del territorio de mi Patria. Acuda quien quiera enterarse al respecto a la *Sociedad de Sobrevivientes de Arica* en Lima. Lo único que a mí sí me interesa demostrar es que la opinión «vil», «canallesca», «infame» y «calumniosa» que se me atribuye no es mía, sino que está contenida en todas las obras de los historiadores chilenos y está sostenida por todos los actuales sobrevivientes peruanos.

Y para que se aprecie por usted mismo lo impropio de cargarme en cuenta lo que peruanos tan autorizados piensan al respecto, le ruego ver en la propia *Revista Militar* que le envío, impresa en la Intendencia General de Guerra, en 1923, cómo un distinguísimo oficial del Ejército peruano— cuyo nombre usted conocerá, pero que yo no doy al público porque no soy agente de pleitos—opina que los chilenos obtuvieron los planos de las minas de defensa de Arica al tomar prisionero al Ingeniero encargado de colocarlas. En todo caso, pues, yo no hice más que recoger en privado, en 1925, la opinión que había expuesto en público, en 1923, un señor Capitán en el órgano de la oficialidad del Ejército del Perú, sin protestas entonces de nadie.

Esclarézcase la responsabilidad histórica de lo ocurrido en Arica con quienes corresponde y no conmigo, que no tengo la obligación de opinar al respecto de distinta manera a los Oficiales del Ejército y a los actuales sobrevivientes de tal batalla.

Voy a concluir. Quiero dejar constancia de las siguientes declaraciones mías, que a este respecto habrán de ser las últimas:

1º.—Yo me dirigí a Edwin Elmore en relación del «derrotismo» con que aparecía solidarizado, para recordarle la responsabilidad histórica de lo ocurrido en Arica, pero lo hice por teléfono y por carta privada, sin dar el nombre del Ingeniero Teodoro Elmore en ninguna de mis declaraciones policiales ni judiciales, según consta en autos, cuidando mucho—para que no se me atribuyesen propósitos difamatorios—de que fuera él (Edwin Elmore) o alguno de los suyos quien entregara tal conversación telefónica y tal carta privada al comentario público.

Le acompaño para su publicación como anexo lo que declaré a este respecto una hora después del trágico suceso. El Director del REPERTORIO puede hacer revisar los autos por persona de su confianza, que lo haga juntamente conmigo como garantía de recíproca veracidad.

2.º—Yo no he publicado una sola palabra respecto a ninguno de los asuntos de mi proceso, sino después de haberse editado el primer folleto contra mí. El Director del REPERTORIO puede ver la fecha de edición de tal folleto al pie de las «Dos Palabras» que lo preceden, noviembre de 1925; y puede ver la fecha de 31 de enero de 1926 que tiene el N.º 1 de *La Hoguera*, que no se hubiera editado si antes no se hubiera editado aquel folleto, como consta al Dr. Edgardo Rebaglatti, actual Redactor de *Mundial*, así como a los otros cinco escritores no políticos que figuraron en

calidad de Redactores del periódico en que tuve necesidad de defenderme en público.

3.º—Todos los insultos que se me han dirigido o se me puedan dirigir no tienen para mí, ni para nadie de claro juicio en el Perú, más significación o importancia que la que le dé la «Sociedad de Sobrevivientes de Arica» cuya opinión a mi favor tiene que bastarme como la mejor justificación de todas mis palabras y de todos mis actos.

4.º—Creo de justicia hacer constar que en la Guerra del Pacífico el Ing. Teodoro Elmore no fué el solo afectado por la opinión pública de grave responsabilidad para con los intereses nacionales y para con la Patria, sino que—dada la anarquía reinante entonces en la política interna del Perú—lo fueron varios hombres públicos de mayor importancia, cuyos nombres no tengo empeño en exhibir, pero que estoy seguro recogerá la Historia de las Colecciones de Documentos Oficiales tanto peruanos como chilenos, siendo bastante por ahora, llamar la atención sobre cierta frase «derrotista» de origen «neo-godo»—«Primero los chilenos que Piérola!»—de que Manuel González Prada dijera que era capaz de producirle náuseas a los gusanos de una sepultura (N.º 1 de *El Radical*), así como sobre el Decreto de 28 de enero de 1880 clausurando el diario *El Comercio* por «el delito de alta Traición a la Patria». Una coincidencia muy significativa ha unido a todas estas fuerzas contra mí, en el proceso que se me ha seguido por el delito de no haberme dejado abofetear.

5.º—Habiendo hecho saber el doctor Francisco García Calderón, en el N.º 14 de este año del REPERTORIO AMERICANO de Costa Rica, sus relaciones de parentesco, si bien sólo político, con el Ing. Teodoro Elmore—y sintiéndome obligado de antiguo para con su amistad personal y para con su firma de escritor, que en todo momento me han favorecido, resuelvo darle la prueba de mi sincera consideración no refiriéndome en adelante a la cuestión de Arica, que de ninguna manera me sería propio discutir con tan estimado amigo y alto compañero intelectual, seguro como estoy de que él a su vez no me puede creer capaz de levantarle una calumnia a nadie, ni de hacerle a nadie el menor daño sin provocación o motivo. Lo que después de esta declaración mía se me diga al respecto, no puede ser ni será tomado en consideración por mí, sino se acompaña de la firma del Dr. Francisco García Calderón o de su hermano don Ventura—a quien quiero y estimo por igual—por resultar ellos los únicos parientes—si bien sólo políticos—del Ing. Teodoro Elmore, a quienes me complazco en reconocer la cerebración y la ecuanimidad necesarias para tratar, en todo caso, de tan enojoso asunto histórico conmigo.

Por lo demás, señor Director y amigo, si—comprobado el hecho de haber intentado en vano rechazar la agresión por todos otros medios—el dispararle un solo tiro de revólver, cargado con cinco cápsulas, a quien, abusando de su fuerza bruta, le acomete a uno a bofetadas y golpes, es ser un «asesino», tengo entonces a mucha honra el serlo; y hago saber que estoy dispuesto a serlo tantas veces cuantas intenten abofetearme y golpearme los que lo crean muy sencillo.

Ya Ud., sabe que, por encima de insultos que no es a mí a quien le hacen daño, me tiene siempre a sus órdenes como su amigo y S. S.,

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Anexo

Declaración hecha por mí en la misma tarde del sábado 31 de octubre de 1925:

—El declarante dice: «Que el día de hoy supo donde vivía Elmore y le llamó por teléfono, poco después de la una, y le preguntó que si sostenía EN PRIVADO las palabras que le había tratado de dirigir en público, concretándose a recordarle que no era él, Elmore, POR CIRCUNSTANCIAS QUE ÉSTE SI QUIERE PUEDE SEÑALAR, PERO QUE EL DECLARANTE COMO CABALLERO NO QUIERE HACERLO, quien así lo pudiera insultar sin motivo alguno. Que Elmore, en la conversación telefónica, le manifestó que si las palabras que el declarante le decía por teléfono, se las profería frente a frente, lo mataría como a un perro. Que posteriormente (el declarante) le dirigió una carta (a Elmore) demandándole una satisfacción EN PRIVADO y amenazándole con publicar la misma carta, de que él como caballero no deseaba acordarse, PERO QUE ELMORE PUEDE PUBLICAR».

Edwin Elmore no publicó la carta: hiciéronlo, después de que él murió, los que sólo el día 7 resolvieron presentarse ante el Juez, a quien el día 5 el Doctor Ernesto de la Jara y Ureta—delante de mi abogado defensor Doctor Ricardo E. Dulanto—manifestó en nombre de la señora, viuda de Edwin Elmore, su propósito de no tomar participación en el proceso. Conste, pues, que no fuí yo quien entregó la cuestión de Arica al comentario público.

J. S. CH.

NOTA:—La carta mía rectificatoria a Jiménez de Asúa—que, conforme la trascripción hecha en el n.º 6 de EL REPERTORIO, hubo de falsear, por mal informado, todos los puntos demostrados en el Juicio Oral—está fechada el 12 de enero próximo pasado en el Hospital Militar de Lima, cuando aun estaba yo detenido y un mes antes precisamente de ser puesto en libertad. Conste, pues, que la primera palabra sobre este asunto, después de mi libertad, no he sido yo quien la ha pronunciado; pero conste, también, que estoy resuelto a afrontar, por lo mismo, todas sus consecuencias.—Ch.

Pensando en Madero y Elmore

Por
José Vasconcelos

CUANDO se contempla el triste panorama de la actualidad de nuestra América Española: miseria donde debería haber riqueza; opresión donde todo debía ser libertad; ignorancia donde el cielo es todo luz; arrogantes alardes seguidos de claudicaciones bochornosas; cuando se mira tan gran conjunto de dolor y venganza, uno fatalmente se pregunta: ¿Vale la pena seguir bregando por todo esto? ¿No sería mejor tomar lo mejor sin cuidarse de donde venga y dejar que estas nacionalidades trasmuten su alma enferma, por el ímpetu sano de razas que hoy por hoy, nos superan?

La primera vez que me ocurrió pensar de esta suerte, por lo menos en lo que respecta a nuestra América en su conjunto, fue cuando leí la noticia del asesinato de Edwin Elmore, seguida de la alharaca hueca pero triunfante de su indigno matador. Ya antes había pensado lo mismo de nuestro México el día en que Madero fue sacrificado por la más vil de las pandillas de toda nuestra vil historia de cuartelazos y de caudillos que pisotean el voto y estrangulan hombres para apoderarse del mando.

Desde que cayó Madero en México, la violencia no hace allá sino cambiar de nombre y desde que en el Perú cayó Edwin Elmore la insolencia de los hijos de Caín no ha hecho sino crecer de tono. Y así por todas partes: miseria o mediocridad. ¿Dónde está la América que soñaron Sucre y Bolívar? ¿Dónde la América de Madero el Santo? ¿Dónde está el amor que predicaba Elmore?

Y sin embargo, pensando una y otra vez en el caso maravilloso de Elmore, como he pensado una y otra vez en el caso milagroso de Madero, llego a la conclusión de que no está perdida una raza, ni puede quedar totalmente condenada una época en que el espíritu alcanza cumbres tan altas.

Sin propósito alguno de irreverencia: nadie respeta más que yo la figura divina de Jesucristo—me veo forzado a decir que el sacrificio de Madero es uno de esos misteriosos ejemplos en que la sangre del justo cae, como la de Nuestro Señor para

castigo de los obsecados y para la redención de los que se conmueven. Si Madero era un discípulo y siguió fielmente a su maestro, ¿por qué hemos de vacilar en comparar su agonía consumada en pequeño, pero con sinceridad, con la agonía infinita que a todo ser de razón conmueve, aún cuando no ha bastado a salvarnos?

Madero murió porque no quiso matar, allí donde es ley para el éxito la despiadada matanza. La América embotada en su sensibilidad moral no está todavía en estado de comprender lo que en su cielo representa el alma maravillosa de Francisco Madero.

Edwin Elmore no tuvo la fortuna de encarnar uno de esos movimientos colectivos en que el genio se manifiesta o la mediocridad y el mal se cubren de cieno; su carrera fué breve y su actuación modesta aunque profunda y purísima.

No me propongo ni hacer paralelo entre los dos héroes, ni siquiera reseñar brevemente la obra admirable de ambos; me limito por ahora a señalar la circunstancia común a ambos que hace que sus vidas sean como una respuesta a la pregunta que formulaba yo al principio de estas líneas: ¿Vale la pena seguir bregando por pueblos que así pisotean a sus elegidos, que así premian a lo más inmundo de una podredumbre que comienza a oler a tumba? ¡Porque tumba es ya Nicaragua y como de una tumba huyen por doquiera los hijos de Mexico!

Tanto Madero como Elmore se respondieron a sí mismos la pregunta lanzándose resueltamente a la lid del ideal y uno de los rasgos que hace más notable la acción de ambos es que los dos eran un poco extraños a nuestro ambiente y podían haberse separado de él con facilidad. Los dos, de raza blanca pura, podían haber hecho lo que tantos hacen en su caso: vivir de la mejor manera posible y alejados de conflictos en que no les iba de por medio ni la tradición ni la sangre. Madero, rico por su familia y rico por el producto de sus propios negocios como agricultor, pudo haberse dado la vida de reyezuelo despreocupado que tantos revolucionarios mexicanos han conquistado más tarde disfrazándose con su nombre. Pudo haberse alzado de hombros delante del mestizo y del indio diciendo: esa no es mi raza; hombre educado en Europa, pudo ver a las masas de su país con la indiferencia del que trae una mentalidad distante y superior. En vez de eso, Madero, cuando llegó el instante de su misión, hizo lo que San Francisco: vendió todos sus bienes, pero no se puso a derrochar el producto entre vagos que suelen vivir de la limosna, sino que todo el dinero lo dedicó a la causa de la liberación de los mexicanos. Y no sólo dió dinero, también la propia comodidad y la tranquilidad, y por último la vida. Y aún antes de de dar la vida, ya había dado a la raza americana algo que es más importante aún que la vida: la fe entera de su alma, la fe que levantó una nación oprimida, la fe que en las peores horas del desastre le llevaba a decir: Estás bien, yo he perdido la batalla y me toca morir; pero la fuerza de los días que represento es invencible y tarde o temprano mi credo será vencedor. No lo ha sido en la práctica, pero sigue en alto, como la única esperanza de los mexicanos.

El caso de Elmore es parecido: cuando yo veía el fervor iberoamericanista de Elmore, no dejaba de sorprenderme la ortografía nada castiza de sus dos nombres, Edwin Elmore: enseguida supe que aunque descendiente de vieja e ilustre familia limeña, era de pura sangre irlandesa. Una sangre que en los Estados Unidos del Norte es hoy aristocracia. Una ascendencia que en la historia de Europa ha dejado huella ilustre con la tradición céltica; una estirpe que aún hoy enriquece el pensamiento del mundo con figuras de primer fila como Bernard Shaw y como Dunsany. Y si se hubiese tratado de un hombre ignorante, sumiso a la influencia de su medio inmediato, se explicaría que el orgullo de sangre no llegara a manifestársele; pero Elmore era hombre viajado y leído, un verdadero pensador, una luminosa conciencia que voluntariamente había unido su fortuna con la nuestra. Con bastante dinero para venir a Europa a dárselas de inadaptado a la barbarie. Y también, como en Madero, se advierte en Elmore, no sólo el espíritu de sacrificio sino el entusiasmo por la causa que ha abrazado, por la causa de la regeneración iberoamericana.

Pensando en la acción y el pensamiento de Madero, reflexionando en el ejemplo de Elmore, se siente entonces, que apesar del horror contemporáneo, palpita en la América, por encima de las turbias conciencias del momento, un noble y basto ideal: una esperanza humana que debe ser muy alta, puesto que atrae corazones de primera categoría como los de Madero y Elmore; y no se diga del pensamiento, porque todos los que entre nosotros piensan, enseguida perciben los lineamientos grandiosos de una de las más estupendas posibilidades de la historia. ¡Lo malo es que no piensan la mayoría de los que han venido forjando tal ensayo asombroso de la historia!

De todas maneras la calidad de los hombres que a ella se sacrifican es uno de los más seguros signos de la grandeza de una causa y naturalmente pensamos: si aquellos que tanto valían y tanto podían, se resolvieron a aceptar el desastre mismo, a cambio de prestar un empuje firme a un ideal que suele parecer discutible, ¿por qué hemos de escatimar nosotros nuestro concurso? ¿Por qué no hemos de ver con desdén a los hombres que estorban nuestro progreso, y por qué no hemos de pasar por encima de tales gentes, para llevar adelante la porción de tarea que en la obra magnífica nos está reservada?

Lo que caracteriza los nuevos períodos históricos, lo que marca la esencia de las grandes culturas nuevas es el poder de atracción que ejercen sobre los más selectos tipos humanos. Los Estados Unidos se han constituido poderosos, gracias a que millares y millones de almas superiores de razas distintas y extrañas se han sentido atraídas y conquistadas por las libertades americanas; por la humanidad, por el respeto a la vida humana, por la libertad, que han sido las bases orgánicas del inmenso imperio que hoy se nutre de nuestras faltas.

En los Estados Unidos el recién llegado, el nuevo ciudadano, casi siempre mejoraba su situación personal, por el hecho de hacerse norteamericano. Era natural entonces que hacia aquel centro acudieran no sólo los mejores, también los mediocres; acudieran las multitudes de todo el planeta.

Nosotros, hasta ahora, sólo hemos podido ofrecer a las almas de elección que abrazan nuestro ideal, lo que dimos a Madero y a Elmore; lo que dimos a Hidalgo y Sucre: el cadalso, precedido de la calumnia y la infamia. Sin duda, por eso de nuestro patriotismo continental desertan los mediocres, se desaniman los débiles. Las almas grandes, sin embargo, no pueden quitarse de los ojos la visión de un futuro magnífico.

Algo más que una quimera debe de ser este ideal iberoamericano que en un sólo siglo de vida cuenta con una tan larga e ilustre teoría de héroes fundadores. Perdonemos los yerros en nombre de las excelsitudes y procuremos acabar con el dominio de los que no pueden aportarnos sino errores y hagamos que tanto sacrificio inmaculado pueda comenzar a rendir frutos.

Bien vale la pena un ideal que ha sido capaz de consumir almas de selección como las de Madero y Elmore. Lo único que hace falta es que nosotros, es decir, por lo menos la minoría dominante, nos hagamos dignos.

Chicago, mayo de 1927.

(*La Democracia*. San Juan. Puerto Rico)

Los menesteres de civilizar



Como símbolo hermoso hay que aplaudirlo con toda la fuerza de la admiración, pero no es un caso esporádico este de la «india que lleva en el hombro la primera tabla para la construcción de la escuela de su pueblo», de que habla el filósofo Vincenzi y que ilustra un fotograbado muy sugestivo publicado en el número 20 del Repertorio Americano.

Las grandes reivindicaciones que han hecho trepidar los cimientos de las sociedades, en todos los tiempos, siempre en busca de lo mejor, han partido del pueblo, del que tiene el peor lote de dolor en las humanas distribuciones.

Aquí mismo, ayer nada más habló la prensa de esta capital de un acto de altruismo de un agricultor humilde, Rafael Vargas Quirós, quien a sus expensas está construyendo en su pueblo un moderno edificio para escuela, por un valor aproximado de $ 20.000 oro.

Y este acto de desinterés, que es una de las múltiples variantes del valor civil, por desgracia es aún más raro entre la gente capitalista. En once años de vida costarricense no sé de otro caso como éste del señor Vargas, que revista tanto desprendimiento. Que un millonario done una cuantiosa suma, hay que agradecérselo siempre por el beneficio que reporta, aún cuando vaya envuelto en ello un golpe de vanidad; pero que un hombre de modesta posición pacuniaria regale $ 20.000 y dirija y vigile con amor la construcción de una escuela, será siempre una altísima lección, un noble ejemplo de civismo.

Y de esto es precisamente de lo que carecemos: de valor civil. Y falta de valor civil (hay que recalcarlo) es aquella del gobernante que no vigila la heredad que está en peligro de caer en las manos del conquistador imperialista; falta de valor civil es aquella del ciudadano que impávido se cruza de brazos y mira con indiferencia criminal el atropello del predio del vecino; falta de valor civil es aquella del que contrata empréstitos con el enemigo capitalista; falta de valor civil es, en fin, aquella del que no interviene en los debates políticos y deja que surjan los traidores y se adueñen del poder, como acontece en algunos países de América.

Y el problema es éste: Formar maestros para la enseñanza que inculquen en el espíritu del niño un sólido valor civil. Porque no es maestro quien enseña a leer solamente, o trasmite algunas nociones de números o de gramática, sino el que tiene una proclividad vocacional, quien forma el alma del niño y le moldea el carácter. Un maestro ha de tener cierta aureola apostólica, cierta nobleza espiritual para formar corazones infantiles. Y los verdaderos maestros escasean día a día, y mientras tanto el problema continúa en pie.

Porque no es el edificio lo primordial del caso, ni tampoco el material de enseñanza, porque como dice acertadamente Eugenio d'Ors, «no hay otro buen material de enseñanza», no hay otra buena «Instalación», que un buen maestro. Un árbol y, debajo del árbol, un verdadero maestro: esto es una escuela».

Uno de los más funestos pecados de nuestra raza es el de la politiquería, y de este innoble ejercicio surge el político ambicioso que, tan pronto atrapa el poder, enajena el territorio al extranjero; se aviva la depravación del gobernante que cede la heredad y que recibe en cambio un puñado de oro en forma de empréstito, en forma de apoyo para sostenerse en el poder, en forma de concesiones aduaneras en perjuicio de la producción nacional. En todo esto está la clave de cómo estamos siendo conquistados por el poder omnímodo de los mandatarios de los Estados Unidos, poder puesto al servicio de los capitalistas sin conciencia de New York.

Filipinas, Puerto Rico, Cuba, Haití, Panamá, Nicaragua... y mañana seguirá extendiéndose la conquista, hasta que aparezcan los verdaderos maestros que encaucen y afirmen las virtudes ciudadanas.

Edmundo Velásquez

San José, Costa Rica.
Junio de 1927.

—No es la tabla solamente, es la vida múltiple, que camina sobre los hombros de esta india muy nuestra y muy dueña de todo. De esta india, ejemplar mujer de otra raza que aún vive en un rancho de palmas, que aún habla en familia en su idioma—gorjeo de oropéndola—y que va a la Iglesia y reza en español.

—Qué grito, qué llanto, qué pena nos sale de lo hondo viendo que esta india, temblante su carne que cubre la tela tejida por sus propias manos, goteando el sudor de su cuerpo, va subiendo la cuesta a lo largo, cargando a su espalda cuanto la vida tiene para el cuerpo y para el espíritu.—Porque es ella quien lleva a la espalda, por el largo camino de la vida, tantos menesteres de civilizar.—Ya la hemos visto cargando, como uncida a un yugo, la mirada fija y caminando, caminando incansablemente.—Y lleva: para la iglesia, ropas, velas, pan y vino.—Para la escuela, libros, tiza, tablas.—¡Para todos algo!

—Y esta pena nos viene como un remordimiento, como una lección que nos da esta mujer, la mujer de esta raza o de otras, que lleva en sus hombros la carga pesada y preciosa del mundo. ¡Qué ejemplo, y qué pena tan grande!—Allá el hombre, varón que se alquila al blanco que mide y mide tierras con glotonería insaciable, varón apocado que traza surcos en las selvas de su propia tierra y en las aguas de sus propios ríos, todo para el blanco voraz que sólo sabe fundir las monedas con el oro de la carne ajena. —Aquí el hombre, varón extasiado en el oro, mercader, usurero, comerciante de tierras, el hombre que hablando de patria le vende a extraños el suelo, el hombre que adula, que servilmente se inclina ante el amo que tiene, el hombre que tolera maldades y fragua corrupciones, que hunde, que ata, que roba las riquezas de esta cargadora de carne y de luz.

—Sí, sí, da vergüenza y da pena esta lección de la india, lección de mujer de una raza que se dice inferior y perdida.—¡Y qué hacen en tanto los hombres que siempre se creen dignos y merecedores! ¡Qué hacen deveras en América tantas *dignidades!* ¡Oh dolor! Todos se alquilan al amo que mide avariento las tierras. Se alquilan y adulan sirven incondicionalmente *a sus intereses.* Fraguan las traiciones, dan las riquezas, compran las cadenas y para congraciarse, hacen tender rieles donde el amo quiere, ponen cifras grandes en las estadísticas y aparentan ser dig-

nas eminencias. *Eminencias dignas* de tantas que abundan, adulan, se excusan, y cuando las voces honradas señalan un rumbo, esa voz se pierde o la pierden...

—Nos llega el grito de Chile. Hace tiempos oímos llorar a Venezuela, llora el Perú sobre *dorada libertad*, de Guatemala llega una incertidumbre que es una protesta y en Nicaragua los piratas consumaron la obra. Pero hace falta fuerza, el grito está en todas partes.—¿Dónde están los hombres honrados y dignos de toda esta América? ¿Dónde están los hombres que carguen a sus espaldas, un símbolo y un ideal y una esperanza? Ah, porque hay que estar alerta, porque las CAUSAS que parecen nobles y parecen justas están cuajadas siempre de muchos intereses y muchos compromisos.—¿Dónde están los hombres que carguen a sus espaldas, por la pendiente arriba, un símbolo, un ideal y una esperanza?

—Bien sentimos ante esta lección de la india *boruca* que hacen falta el ideal, el honor, la vergüenza. Que hace falta una fuerte generación de hombres dignos.—Muchos, muchos idealistas así como Bolívar, Sarmiento y Martí—Y si hemos de citar a Sarmiento, decimos: ¡Oiga el maestro de escuela, el maestro varón! La india de este ejemplo es una mujer, como otras mujeres, como tantas que van cargando en sus mentes y en sus hombros, menesteres de civilizar. Porque nuestra América padece tan sólo por una causa: porque sus amos no han sabido a tiempo REGAR tantos menesteres de civilizar y tantos buenos civilizadores.—Las excepciones están confirmando que así es. Lo está diciendo Sarmiento con su República Argentina. Lo dicen los mismos Estados Unidos.—Por eso decimos que está en la mente y en el corazón del maestro de escuela la gloria de una transformación. Pero es preciso poner en la obra un ideal, que sea vigorosa, potente, clara. Y en esta hora de América, predicar incansables, y vivir, el honor.

—Y no olvidéis, maestros, todos, varones ilustres y dignos de nuestra *Gran República*, que esta india que transporta en sus hombros una carga preciosa y pesada es una MUJER, y que esta mujer es un símbolo y es una realidad de luz y redención, mientras los dignos, poderosos varones, adulan y venden la tierra y compran las cadenas y se encubren en frailunas sombras. No olvidéis que esta india es la india de América, y que como una esperanza de ternura y de suprema bondad, es una MUJER!

—¿Será que esto nos quiere decir que en hombros de mujeres está el destino y la civilización de esta América nuestra?

L. E.

Don Joaquín García Monge:

Muy estimado don Joaquín: En el REPERTORIO N° 20 del tomo 24, último, aparece un cuadro sugestivo, representando una escena dichosa!, de Boruca.

Por debajo y hacia un lado del cuadro se lee esta nota: «Si a otros de nuestros lectores, este grabado les sugiere distinto comentario, nos sería muy grato recibirlo y publicarlo». Como el expresivo grabado me sugiere algunas ideas, con gusto le remito estas líneas que las contienen

(A la admirable y exquisita prosadora Carmen Lyra)

¿Por qué una mujer lleva la tabla *primera*, para la escuela de Boruca, y no un hombre? Tal caso, revelador exacto del momento, de la época, del siglo—modernista—,es un hecho que debiera avergonzarnos a los hombres de hoy; pero que no avergonzará a los hijos de mañana. Los hijos de mañana, por el ejemplo de la madre de hoy, llevarán honrosamente la tabla sobre sus hombros: tabla que no es de madera de árbol, ni de granito de roca; porque no tiene agotable savia, ni quebradiza dureza. Tabla ideal que emana luz eterna ascendiendo al cielo infinito..., y, que dilatándose por las fecundas montañas de América—donde habita el indio abandonado y melancólico, salvará a la «Raza ubérrima» de que hablara Darío.

Tabla divina, por exaltación humana, que nos muestra: *la victoria del espíritu*, en la mujer que sabe ser madre; *y el resplandor enérgico*, en el sentimiento de la mujer que sabe ser maestra.

Una india llevando sobre sus hombros la tabla para la escuela..., sin saber, talvez, que en la tabla va escrito un mensaje prodigioso: el mensaje del porvenir!

Esa india, ya inmortal, que marca el intenso *tono feminista* de la época, lo mismo en Boruca... que en la mejor capital de América, debiera multiplicarse por trascendentalismo providencial, porque nuestras repúblicas están necesitadas de *Ella*...

Por los capitolios de América bien podrían cruzar indias como la de Boruca, con una tabla sobre los hombros y una llama en el espíritu!

¡Qué lección formidable ha dado esa india a los pseudo-estadistas de América!

Capitolios los de América, de papel para comedias chinas de la farándula yanqui...—con pocas excepciones, la mayoría juega la tragi-comedia de Wall Street y del capataz interventor.

Necesitados están los capitolios, de tablas llevadas por indias, de tablas de salvación: tablas con una cara de cultura y otra de nacionalismo. Dos caras egregias construyendo el futuro de la radiante civilización de América.

La india de Boruca es como Atlas sosteniendo el mundo sobre sus hombros: En su madero lleva plasmado el porvenir del continente.

MANUEL ZÚÑIGA PALLAIS

San Ramón, Mayo de 1927.

Nota. —Han llegado otros comentarios; verán la luz próximamente.

La mitra en la mano

(Novela)

Por

R. Blanco Fombona

Capítulo VII

La fe de la monja

La oscura y cejijunta religiosa se presentó muy grave, minutos antes de la hora de clases. Era lunes.

—¿Qué traerá dentro del buche este pájaro de mal agüero?—se preguntó Griselda.

Ya la niña la conoce. La adustez al arribo y la anticipación de minutos corresponden en la monja a alguna cavilación, y se traducen en admoniciones y reprimendas.

—¿Qué traerá?

Pronto lo supo.

—Ayer, hija mía—le dijo, severa, la monja—, la he estado observando en la iglesia. Advertí claramente que, a pesar de mis esfuerzos y de mis lecciones, usted no sabe ni siquiera oir misa. Vacila a veces, ignora cuándo debe arrodillarse, cómo interpretar el simbolismo del acto solemne a que asiste. Para rezar tiene que acudir siempre al libro de oraciones: luego no conoce las preces de memoria. Para arrodillarse o persignarse tiene, en cuanto no se fija en su devocionario, que observar a los demás fieles y seguir el movimiento general. Curiosea usted mucho, además, a la derecha, a la izquierda, al que entra, al que sale, el sombrero de algunas damas y los bigotes de algunos jóvenes.

—¿Yo, hermana?

—Usted...

Comprendiéndose adivinada por la escrutadora monja, se puso algo encarnada. La monja fingió no advertir aquel súbito rosicler de las mejillas.

Aquel rubor la confirma, sin embargo, en sus observaciones.

La maestra continúa, admónica, negra y flaca, envainada en su traje de luto, como en ceñida funda de paraguas.

—La misa, hija mía—usted no lo ignora—, es el acto más perfecto y más santo de la Religión Cristiana. Representa el sacrificio de Cristo: símbolo de su vida, pasión y muerte. Se practica este divino sacrificio con tres fines: para darle gracias al Eterno Padre, para satisfacerle y para pedirle beneficios. Debemos, pues, asistir al santo sacrificio de la misa no descuidados, como usted, ni atentos a naderías, sino con la mayor modestia y absoluta veneración.

Iba fijándose en el efecto de su plática.

—¿Sabe usted, hija mía, a quién representa el sacerdote?

—A Jesucristo.

—Así es: al mismo Jesucristo.

—Y el que ayuda a celebrar la misa ¿a quién representa?

Griselda vaciló.

—Ve usted: apenas sabe lo más esencial, lo que no puede no saberse; peró ignora muchas cosas que una fiel cristiana, a la edad de usted, debe conocer al dedillo.

Lanzó la monja un profundo suspiro, quizá para aparecer más patética. En el fondo se complacía ante la docilidad de la alumna. Prosiguió, la llama apostólica en las brunas pupilas:

—El mónago que ayuda a misa representa a los Angeles que asistían a Jesucristo. El altar vale por el Monte Calvario, y la Cruz, que debe haber encima del altar donde se celebre la misa, equivale a la imagen viva de Nuestro Señor. Las luces, que también se colocan sobre el altar, simbolizan las luces de la Fé, sin la cual no podemos salvarnos ni creer en los Misterios de nuestra Sacrosanta Religión. Como usted puede advertir, todo encierra un símbolo sublime; todo, hasta lo que parece, a los ojos del vulgo, más insignificante. Así, el alba que reviste el sacerdote, interpreta la vestidura blanca que Herodes mandó poner a Cristo, dándole de loco. El cíngulo que ciñe, la cuerda con que ataron en el huerto de Getsemaní el divino cuerpo del Salvador. El manípulo, la cuerda con que nuestro Señor fué sujetado a la columna; la estola, la soga que llevó al cuello cuando ascendió al Calvario; la casulla, el vestido de púrpura que le pusieron por escarnio...

¡Con qué ardiente convicción habla! El calor de su fé se comunica a la discípula.

—El cáliz—prosigue la férvida monja—no es otra cosa sino el sepulcro donde fué depositado el cuerpo de Cristo: por eso sirve para contener el vino, sangre del Señor. La patena se coloca encima del cáliz: es la piedra que se puso para cerrar el Santo Sepulcro. Nada, nada deja de envolver un simbolismo profundo que debemos conocer y venerar.

Griselda asentía, ya grave, ya abriendo, admirativa, desmesuradamente sus melados ojos de antílope. La monja continuó:

—Habrá observado usted las casullas.

—Sí, señora.

—Son de color distinto, según las distintas ceremonias del culto. Cada color posee significación especial. El color blanco pureza: por eso revisten casullas blancas los sacerdotes para la festividad de Santos, Confesores y Vírgenes; el encarnado, Caridad: por eso lo usan en las fiestas de Apóstoles y Mártires; el verde, Esperanza; el morado, Tristeza; el negro, Luto. Y así se emplean: el negro en la conmemoración de difuntos; el morado en días de ayuno y penitencia; el verde, cuando se nos hace especial promesa de los bienes eternos.

Griselda había aprendido, más o menos bien, todo aquello. Le parecía, sin embargo, que lo estaba aprendiendo por primera vez... Tal pasión convincente y tal acento inusitado pone en sus palabras la religiosa.

—Nuestra religión—dijo la alumna, está llena de poesía.

—De poesía y de verdad. Tiene el doble mérito de ser la única verdadera y la única bella.

Y tomando una expresión severa y benévola a un tiempo, casi maternal, pregunta a Griselda:

—¿Sabe usted, hija mía, de cuántas partes consta la misa?

—Sí; de dos partes principales: la primera comprende desde el comienzo hasta el Ofertorio, y la segunda, desde el Ofertorio hasta el fin.

—¿Conoce usted bien el significado de cada ceremonia?

—Creo que sí.

—A ver: ¿qué debemos traer a la memoria cuando el sacerdote se dirije al altar?

—La última cena, en la cual fué instituida la misa.

—¿Qué debemos considerar cuando se da comienzo al Santo Sacrificio?

—La oración de Cristo en el huerto de Getsemaní, donde le prendieron.

—¿Qué debemos recordar durante las primeras oraciones de la misa?

—Las injurias y males tratamientos de que fué víctima Jesús en casa de Caifás.

—¿Qué debemos recordar mientras el sacerdote lee la Epístola?

Griselda se quedó pensativa. Había olvidado.

—Ve usted, hija; ve usted—exclamó con tristeza la monja, como si a Griselda, por aturdida, le hubiera ocurrido alguna desgracia.

Y prosiguió, sin preguntar más:

—El dirigirse el sacerdote a leer la Epístola, situada a un extremo del altar, nos debe traer a la memoria que Nuestro Señor fué conducido casa de Pilatos y la vuelta del sacerdote al Centro del ara divina, que Cristo fue conducido de la casa de Pilatos a la de Herodes. Lo demás debe usted, como buena cristiana, saberlo desde la cuna. El *Ofertorio*, como su nombre indica, es un acto de oferta: el sacerdote ofrece a Dios la Hostia y el Cáliz. Simboliza, respecto de la Pasión, los azotes que recibió Cristo: Cristo ofrece sus dolores al Padre Celestial. El sacerdote se lava los dedos para recordar que Pilatos se lavó las manos. Eleva el Cáliz, que contiene la sangre del Cordero, para recordar que Cristo derramó su sangre por nosotros; parte la Hostia para significar la muerte de Cristo, la separación del cuerpo y el alma del Justo. El señor asciende al cielo con las palabras del sacerdote: *Dominum Vobiscum*... Después, el sacerdote nos bendice y la misa, en rigor, concluye. Sin embargo, se la remata con la lectura de una parte del Evangelio. ¿Sabe usted para qué? Para hacernos pensar en la Doctrina cristiana, en el ejemplo de Cristo, quien encarnó y tanto padeció por salvar a los pecadores.

R. Blanco-Fombona

Noche de amor...

En el dolor del silencio que trina
fulge la luna como una coraza,
sobre el minuto sin luz de la raza,
roto el prestigio del Ilhuicamina...

Tiembla un suspiro en la noche divina,
tal un bulbul que solloza y que pasa,
cuando la mano del rubio se enlaza
con la cintura de Doña Marina...

Y es, al amparo sutil de la bruma,
que se deshoja en un beso el encanto
de la vencida mujer y del puma...

mientras se ignora si el beso es el llanto
de la Malíntzin por un Moctezuma
o de Cortés al mirar su quebranto...

Baltasar Dromundo

México, D. F.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica